



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

**HERMENÉUTICA DE LA RECONSTRUCCIÓN
UN MODELO ANALÓGICO-ICÓNICO DEL
REFERENTE EN LOS RELATOS HISTÓRICOS**

TESIS

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN FILOSOFÍA**

PRESENTA

RAÚL ANTONIO BUENDÍA CHAVARRÍA

ASESOR DE TESIS

**DR. MAURICIO HARDIE BEUCHOT PUENTE
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**



**MÉXICO, D. F.
abril, 2013**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

DETENTE, sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo.

Si al imán de tus gracias, atractivo,
sirve mi pecho de obediente acero,
¿para qué me enamoras lisonjero
si has de burlarme luego fugitivo?

Mas blasonar no puedes, satisfecho,
de que triunfa de mí tu tiranía:
que aunque dejas burlado el lazo estrecho

que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho
si te labra prisión mi fantasía.

Juana Inés de la Cruz

Un símbolo es una anotación
que remite a algún misterio arcano [...]
conduce nuestra alma mediante una
semejanza a la inteligencia de algo muy
distinto a lo percibido por los sentidos.

Athanasius Kircher

A Leticia y Antonio
porque inexplicablemente
me han dado su vida entera.

A Edith por ser mi simétrica contradicción;
a Montserrat, clara y pesquisidora Aretusa,
fuente que refleja la unión y
felicidad de la familia.

A las presencias tan ausentes
que me constituyen.

A las sombras que me acompañan
durante el conticinio,
la que es gris y la que es amarilla.

A la imagen del hechizo que más quiero,
y que siempre sueño.

In memoriam
Emmanuel Cruz-Maní.
Tu recuerdo franqueará el tiempo.
1985-2012

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	6
Introducción	8
- El origen de la escritura	10
- El origen de la Historia	12
- El fármaco de la memoria	14
Capítulo I. Fundamentos para considerar a la Historia como una reconstrucción hermenéutica	17
<i>Nota previa</i>	
- Historia sin memoria	17
- La investigación histórica como reconstrucción	20
- Intersecciones. Historia y Hermenéutica	25
- Conclusión	33
Capítulo II. Hacia una reconstrucción hermenéutica. Dos vías contrapuestas y entrelazadas	36
<i>Nota previa</i>	
- La <i>idealidad</i> de la Historia en Robin George Collingwood	38
- La <i>ficcionalidad</i> de la Historia en Hayden White	45
- Conclusión	52
Capítulo III. El relato histórico como reconstrucción hermenéutica: el enigma de la representación y el reto referencial	55
<i>Nota previa</i>	
- Entre Literatura e Historia. Una relación peligrosa	57
- El <i>corazón</i> del relato histórico	63
- El referente bajo el signo de la analogía	68
- Conclusión	73
Conclusión general	78
- El presente de las cosas pasadas	79
- El presente de las cosas presentes.....	80
- El presente de las cosas futuras.....	83
Bibliografía	86

AGRADECIMIENTOS

Arenga que, este trabajo de investigación hubiera sido tanto interminable como aborrecible sin la existencia de instancias que favorecieran el desarrollo, la crítica y su culmen. Por ello, agradezco desmesuradamente al Instituto de Investigaciones Filológicas, de la Universidad Nacional Autónoma de México, y a las admirables personas que yacen ahí por acogerme cordialmente estos casi cinco años; sin duda, la formación que he adquirido y las experiencias que he vivido, en ese lugar, son incontables e inigualables. De la misma forma, agradezco al Seminario de Hermenéutica, al Seminario Autogestivo de Titulación, a ese profano Círculo Hermenéutico y al Diplomado de Teoría e Historia de las Religiones, etéreas gracias por todas las contribuciones intelectuales.

Indiscutiblemente, agradezco con sinceridad y honestidad a los seres humanos que me han formado laboral, académica y pneumáticamente. En específico, a los símbolos que me constituyen, es decir, a los hombres y mujeres que me apoyaron desde el inicio, durante y al final de esta investigación, la presencia de cada uno en mi vida es necesaria e invaluable: a Mauricio Beuchot, a quien innegablemente le debo el fundamento de esta reflexión, su guía y apoyo, durante estos años, me han permitido vislumbrar y disfrutar la vida más prudentemente; a María Rosa Palazón por exhortarme a no escuchar “el canto de las sirenas” y sobre todo por incitarme a jugar con Hermes y con Clío, “la loca de la casa”. Con todo mi corazón y admiración, confieso que sin su presencia yo no estaría aquí, gracias. A María del Carmen Valverde, tremenda seductora de la enigmática Cultura Maya, con quien he atestiguado que la Historia se puede reconstruir, gracias por otorgarme un poco de su tiempo y su espacio, por su apoyo, su empeño, su ilustre sapiencia y su sensata formación de historiadora; a Diana Alcalá por el brillo de sus ojos, su inseparable sonrisa y su constante interés, gracias por sus comentarios y consejos a través de todas las conversaciones académicas y no académicas; a Manuel Lavaniegos por abrir una brecha futura hacia lo misterioso y oscuro, indudablemente, agradezco su apasionada intervención en esta investigación. Sempiternas y beneméritas gracias al nobilísimo, insigne y muy leal Jesús Martínez Malo regidor perpetuo y decano de su ilustre cuerpo, de quien he aprendido y aprehendido mucho más de lo que él supone. Finalmente, y no por ello menos importante, muchas gracias a Gabriela Hernández García por sus recomendaciones bibliográficas, por la fortaleza que me ha incitado y sobre todo por sus abrazos.

A todos, muy estimados y honorables amigos, colegas, compañeros y colaboradores, les agradezco, inconmensurablemente, su intersección en este camino de reconstrucción.

**Investigación realizada gracias al Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e
Innovación Tecnológica (PAPIIT) de la UNAM.
Clave IN402110-3, “Hermenéutica, analogía y religión”
Agradezco a la DGAPA-UNAM la beca recibida.**

INTRODUCCIÓN

*El origen, pues, no es el comienzo.
[...] el comienzo es histórico; el origen, mítico.¹*

Después del surgimiento de la consciencia histórica en el siglo XIX², tanto la Filosofía como la Historia han desarrollado teorías para explicar y/o comprender el discurrir de una “tempestuosa” disciplina de “oscilaciones breves, rápidas y nerviosas”, a saber: la Historia. Las reflexiones han tomado partido y girado en torno al objeto, al método y al sentido de dicha disciplina; algunas veces, éstas han postulado el grado científico que adquiere la labor histórica y otras han disuelto su propia estructura, en consecuencia, estos extremos logran exacerbar, desde cierta perspectiva, “la verdad” que proporcionan los métodos historiográficos, o bien, por otro lado, imposibilitan el contacto con la realidad histórica, al eliminar la relación que existe entre el historiador y su objeto de estudio.

Por otra parte, la Filosofía, a través de la Hermenéutica, no se ha quedado afuera de la “tempestad” y ha aportado algunas perspectivas “sanadoras” a estas controversias, una de las principales contribuciones es la teoría narrativa que desarrolla Paul Ricœur para el relato histórico y el relato de ficción. El análisis que despliega, en los tres tomos de *Tiempo y narración* y en *La memoria, la historia, el olvido*, “rescatan” a la Historia de caer en perspectivas aporéticas o estériles, otorgándole una renovada visión a los principios y a las pretensiones que intenta alcanzar dicha disciplina.

La intención de esta investigación será utilizar como piedra de toque a la narración, a partir del análisis ricœuriano, y exponer la estructura analógica-icónica que subyace en su denotación. Esta tensión analógica aparece al contemplar a los relatos históricos desde la

¹ Paul Ricœur, *La memoria, la historia, el olvido*, trad. Agustín Neira, Madrid: Trotta, 2003, (Colección Estructuras y procesos. Serie Filosofía), p. 183.

² Esta frase inicial pretende delimitar la envergadura de la investigación, refiriéndose a la *consciencia histórica* cifrada bajo las nociones de progreso, tiempo lineal y los procesos para elaborar un conocimiento científico del pasado, planteamientos que, fueron desarrollados en Europa Occidental durante los siglos XIX y XX. En ningún sentido se están menospreciando las nociones de *consciencia histórica* de otras colectividades, es innegable que, cada colectividad desarrolla conceptos para significar su propio devenir en el tiempo, por ejemplo los antiguos griegos, las culturas orientales, influenciadas por el budismo, el taoísmo o el hinduismo, o bien, las culturas prehispánicas, entre otras. No obstante, estas nociones no serán contempladas, debido a que, la postura, que pretende un conocimiento histórico científico, antes mencionada, permitirá plantear las problemáticas de la Historia y las consideraciones hermenéuticas que atañen a esta investigación.

perspectiva hermenéutica e interceptar el modelo analógico-icónico que propone Mauricio Beuchot.

La teoría narrativa expuesta en *Tiempo y narración* postula al relato histórico como una reconstrucción, que realiza el historiador, con pretensiones de verdad y configurado indirectamente con características propias de la Literatura; esta constitución de los escritos históricos deviene en una reconfiguración narrativa donde subyace la analogía, misma que, se expresa en un constante fluir entre la semejanza y la desemejanza dentro del relato.

Para situar lo antes mencionado, la Filosofía de la Historia será la disciplina adecuada para contemplar las controversias respecto al estudio del pasado. Asimismo, la Hermenéutica proporcionará las herramientas para reflexionar tanto los relatos como las perspectivas históricas. Específicamente, se considerarán como guía los puntos de vista de María Rosa Palazón, Robin George Collingwood, Hayden White, Paul Ricœur, Mauricio Beuchot y Franklin Rudolf Ankersmit.

A modo de introducción, se comenzará con un preámbulo, relatando el mito de Theut y Thamus sobre la invención de la escritura; si bien, las nociones que se incluyen y abordan en este mito no serán detalladas, servirán de *huella* para abrir camino hacia la dilucidación de las pretensiones de la investigación histórica y algunas querellas entre la memoria y el olvido; además, apuntará el problema que surge del traslado de la oralidad a la escritura. Reflexiones necesarias para sospechar la ambivalencia que constituye y configura, en forma y contenido, a la Historia.

Después de esta acotación, se delimitará la noción de Historia como “investigación de las acciones de los hombres del pasado” y se conjuntará con los aportes de la Hermenéutica para concebir, fundamentar y proponer a ambas disciplinas como la base de una *reconstrucción hermenéutica*, y así, abordar el sentido de los relatos históricos y la representación del pasado que emerge de ellos.

Posterior a esta propuesta de fundamentación, se retomarán los postulados provenientes de la Filosofía y de las Teorías de la Historia, donde se cuestiona el estatuto del objeto histórico, así como, los métodos con los cuales se acerca el historiador al acontecimiento. A partir de estos primeros esbozos, surgirán las reflexiones de R. G. Collingwood y de H. White, ambas con matices de “remedio y veneno” para la disciplina

histórica. La intención de mostrar estas posturas será contemplar la tensión que subyace entre ellas, es decir, sus diferencias y sus semejanzas.

Entre la tensión aparente del univocismo de Collingwood y el equivocismo de White, emergerá una nueva perspectiva de los relatos históricos, configurados como narración. A partir de ésta, se comenzará una apologética empresa para reafirmar, reformar y reformular el conocimiento histórico esclareciendo sus objetivos y aspiraciones.

Una vez que se haya postulado el relato histórico no sólo como una manifestación escrita, o documental de los hechos ocurridos en otro tiempo, sino como una mediación, que va desde la prefiguración hasta la refiguración de las acciones de los hombres del pasado; este relato, se revalorará como una estructura narrativa que, a través de hacer una representación o *representancia*, reconstruye el pasado. Partiendo de este horizonte será posible atisbar la denotación, es decir, a lo que apunta este relato, para finalmente, proponer u ostentar un referente proporcional a los hechos históricos, con características propias de la analogía y del icono, que medie entre el presente real y el pasado ausente.

EL ORIGEN DE LA ESCRITURA³

En un tiempo y espacio mítico, se narra la llegada de un antiguo dios egipcio a la ciudad de Náucratis. Theut, al que se le consagraba el ave que llaman ibis, fue al encuentro con Thamus, el rey de todo Egipto. El dios le mostró sus artes (los números, el cálculo, la geometría, la astronomía y las letras) y encomendó entregarlas al resto de los egipcios. Afirmando, el dios aseveró que, el conocimiento de las letras haría más sabios y memoriosos a los egipcios, “pues se ha inventando como un fármaco de la memoria y de la sabiduría”⁴; Thamus al analizar las utilidades de cada una de las artes, y en específico de las letras, respondió que: al que aprenda y haga uso de este arte, como consecuencia, le producirá el olvido en su alma, porque dejará de utilizar su memoria y sólo rememoraré gracias a huellas ajenas.

³ Al contrario de referir a la mitología griega, donde se considera a Prometeo como el inventor y el que otorga la escritura a los hombres, en este caso, se alude el mito de “Theut y Thamus” plasmado en el *Fedro* de Platón.

⁴ Platón, “Fedro”, en *Diálogos III. (Fedon, Banquete, Fedro)*, trad. C. García Gual, M. Martínez Hernández y E. Lledó Íñigo, Madrid: Gredos, 1997, (Biblioteca clásica gredos, 93), 274 e.

La controversial respuesta, de Thamus, ante el invento del *fármaco de la memoria* se juega en la ambivalencia del término *phármakon* (φάρμακον), pues tiene el doble significado de remedio y veneno. Depende del contexto y la intención del autor para poder asignar el sentido adecuado en cada ocasión. Específicamente, en el mito, parece estar subrayada la connotación de veneno, pues Thamus le dice a Theut que no ha inventado un fármaco, sino que ha hallado un simple recordatorio (υπόμνηση)⁵, ya que, la escritura conlleva a consecuencias contrarias a la memoria (μνήμη).

La distinción entre memoria y recordatorio es relevante, debido a que, en la epistemología platónica “aprender no es realmente otra cosa sino recordar”⁶, con esto se alude a la teoría de la anamnesis (αναμνησις) que, etimológicamente, es *traer a la memoria*, en conjunto con la mayéutica y la dialéctica, suministran “vida” a la teoría de las ideas. Por tanto, todo conocimiento es re-conocimiento, recuerdo o reminiscencia de la naturaleza o verdadera naturaleza que en otro tiempo se conoció⁷, por ello, la memoria tiene una función fundamental; al contrario, el recordar por medio de la escritura pretende un conocimiento a partir de la exterioridad y no desde el interior.

Sin embargo, Platón, por medio de la voz de Sócrates, no expresa un rechazo total a la escritura, ya que, evoca a un discurso hermano, al antes mencionado, y de procedencia legítima; éste es el de la verdadera memoria: el que transmite conocimiento, y el que está escrito en el alma. Dicho discurso al ser lanzado a los cuatro vientos a expensas de cualquiera que lo pueda leer y cuestionar, podrá ser “capaz de defenderse a sí mismo, y sabiendo con quiénes hablar y ante quiénes callarse”⁸, pues, responderá ante los cuestionamientos de aquellos que lo exijan, se socorrerá a sí mismo. Finalmente, el origen de la escritura se atisba con la naturaleza del *phármakon*, por lo mismo, no es posible afirmar si logra diseminarse o unificarse como remedio o veneno⁹, sino que, se ostenta como lo que le es propio, es decir, como un terreno de ambivalencia.

⁵ *Ibid.*, 275 a.

⁶ Platón, “Fedón”, en *op. cit.*, 72 e.

⁷ Karl Raimund Popper, *El mundo de Parménides. Ensayos sobre la ilustración presocrática*, España: Paidós, 1999, p. 338.

⁸ Platón, “Fedro”, en *op. cit.*, 276 a.

⁹ Glosa de la pregunta formulada por Paul Ricœur en el “Preludio” a la segunda parte de *La memoria, la historia, el olvido*. Cf. P. Ricœur, “Historia/Epistemología”, en *op.cit.*, p. 185.

EL ORIGEN DE LA HISTORIA¹⁰

A partir del epígrafe de Paul Ricœur introduje el mito sobre la invención de la escritura, que aparece en el *Fedro* de Platón, mismo que, Ricœur retoma y analiza en el prelude a la segunda parte de *La memoria, la historia, el olvido*, su introducción es pertinente porque en él cantan dos voces que inspiran y estarán presentes durante el recorrido de esta investigación, a saber: la voz de Clío y la de Hermes. Concuerdo con Ricœur que, el diálogo platónico tiene varios referentes, uno de los principales dirigido contra los discursos escritos, específicamente el discurso del logógrafo Lisias, no obstante, se puede extender y autorizar para narrar el origen de la Historia escrita, ya que, se entrecruza el olvido de la memoria y la imposibilidad de que las letras puedan resucitarla.

Lo que subyace al mito es el desplazamiento de la memoria por la escritura, acción con bastantes consecuencias tanto para Platón como para los historiadores, ya que, en la antigüedad, la memoria era considerada la herramienta principal de la Historia. Debido a ella, se puede *traer* un acontecimiento pasado al presente, es decir, era concebida como el único acceso al pasado. De ahí, la valoración de la memoria sobre la escritura.

En el mito, siguiendo la interpretación de Ricœur y escuchando a la musa de la Historia, encontramos a Hermes desdibujado, o más bien, disimulado por la figura de Theut. Esta afirmación refiere a la equiparación del personaje platónico con las múltiples representaciones del dios griego, pues, la figura del heraldo de los inmortales adquirió diferentes valores y potencias a través de los tiempos y los espacios.

El originario del monte Cilene, Hermes versátil, de sutil ingenio, saqueador, ladrón, caudillo de sueños, espía de la noche¹¹ y guía de las almas, por antonomasia es el mediador entre el mundo inmortal y el mortal, de ahí que sea el dios mensajero y heraldo, un intérprete que atraviesa las fronteras. Naturaleza bastante propia, pues, sus manifestaciones dan cuenta que, efectivamente, logró ir más allá de Grecia, ya que, existen advocaciones en la mitología etrusca, en la celta, y evidentemente, con el nombre de Mercurio, tuvo presencia en la mitología romana. En todas las representaciones anteriores, el sincretismo

¹⁰ Continuando con los límites de esta investigación: “El origen de la Historia”, al que refiere el título de este apartado, orienta la reflexión a la noción de *Historia escrita*, esta acotación es relevante, pues, delimitará el camino sobre el terreno de lo textual, evitando así, presentar un origen genérico sobre la Historia o el desvío hacia otras formas de manifestación del pasado, como lo es la Historia oral o la Arqueología.

¹¹ “Himno IV: A Hermes”, en *Himnos Homéricos. La “Batracomiomaquia”*, trad. Alberto Bernabé Pajares, Madrid: Gredos, 1978, (Biblioteca clásica gredos, 8), 10.

es tal, que sólo puede diferenciarse por algunas variaciones locales, pero básicamente, es la misma identidad. Una de las más interesantes, y que redirige al mito del *Fedro*, es su personificación egipcia como el dios Tot.

Para explicar esta representación es necesario recurrir a los tiempos olímpicos narrados por Hesíodo: Luego que Zeus expulsó del cielo a los Titanes, la monstruosa Gea concibió a su hijo más joven, Tifón, en abrazo amoroso con Tártaro¹². Tifón emergió de las profundidades de la tierra con un sólo objetivo: destruir a Zeus para vengar la fortuna de los Titanes. Al dirigirse al monte Olimpo, la tierra entera resonó, junto con las corrientes del océano y los abismos más profundos¹³. No obstante, Zeus concentró todas sus fuerzas y cogió sus armas, el trueno, el relámpago y el rayo, dando un salto desde el Olimpo, golpeó y fustigó a Tifón, hasta vencerlo¹⁴.

Lo sobresaliente, y lo que liga este mito con una narración de Ovidio, son las acciones realizadas por los demás dioses ante el inminente ataque de Tifón. Todos los magnos dioses, llenos de celeste miedo ante los hechos, dieron la espalda y emprendieron la huida hacia la tierra egipcia, donde se ocultaron en mentidas figuras¹⁵. Cada uno tomó forma animal: Febo se transformó en cuervo, Baco en cabro, Diana en gato, Venus en pez y Mercurio en ibis¹⁶.

He aquí donde se encuentra una coincidencia afortunada. El hecho de que, Mercurio haya tomado la forma de ibis corresponde con la representación animal del dios egipcio *Dhwtj*, “el mensajero”¹⁷, dios local de Hermópolis. Éste tenía un carácter sagrado y primordial en ese lugar, ya que, se le identificaba con la luna, y como tal, era señor del tiempo y del destino. Además, era considerado el patrón de los escribas, señor y creador de la escritura, por ende, de todas las ciencias y artes que dependen de ella y que están relacionadas con los templos, como la magia, la medicina, la astrología y la alquimia¹⁸.

¹² Hesíodo, “Teogonía”, en *Obras y Fragmentos. (Teogonía, Trabajos y días, Escudo, Fragmentos, Certamen)*, trad. Aurelio Pérez Jiménez y Alfonso Martínez Díez, Madrid: Gredos, 1997, (Biblioteca clásica gredos, 13), 820.

¹³ *Ibid.*, 840.

¹⁴ *Ibid.*, 855.

¹⁵ Ovidio, “Metamorfosis V”, en *Metamorfosis. Libro I-VII*, Introducción y notas de Rubén Bonifaz Nuño, México: UNAM-FFyL, 1979, (Bibliotheca Scriptorvm Graecorvm et romanorvm Mexicana), 320.

¹⁶ Hago uso de los nombres de la mitología romana para seguir fielmente el texto de Ovidio. Sus equivalentes en la mitología griega son: Febo-Apolo; Baco-Dioniso; Diana-Artemisa; Venus-Afroditas; Mercurio-Hermes.

¹⁷ Siegfried Morenz, *Egyptian Religion*, Nueva York: Cornell University Press, 1992, p. 30.

¹⁸ *Textos Herméticos*, Intro., trad. y notas de Xavier Renau Nebot, Madrid: Gredos, 1999, (Biblioteca clásica gredos, 268), p. 9.

La transcripción griega del nombre egipcio *Dhwtj* oscila entre Theúth, Thōūth, Thōth, incluso Tat. Es por ello que, al parecer, este es el dios al que se refiere Platón en el *Fedro*; evidentemente, se deben tomar en cuenta las cualidades semejantes y compartidas que se aluden en el diálogo platónico y que se han mencionado anteriormente.

De esta forma, se puede contemplar que, el origen de la escritura, concedido por este espejo de múltiples identidades: Tot–Hermes–Mercurio, da pie al origen de la Historia¹⁹, pues, la escritura se otorga como un *phármakon* de la memoria, efectivamente, como remedio y veneno; ahora bien, habrá que averiguar, qué tan afortunado o desafortunado es este obsequio divino.

EL FÁRMACO DE LA MEMORIA

No obstante, por qué se inventaría un fármaco, qué hay que remediarle a la memoria. Nuevamente, es necesario hacer una distinción de términos entre memoria como reminiscencia, dentro del proceso de la anamnesis, y memoria considerada como recuerdo de un acontecimiento pasado. Ambos conceptos se imbrican por la imagen, pues ya Platón y Aristóteles confluyen en que, tanto la rememoración como el recuerdo parten de la presentación de una imagen ausente.

La distinción subyace en la función que adquiere la memoria en cada proceso. La reminiscencia se vale de la memoria, como rememoración de imágenes, pues el objetivo se filia al re-conocimiento a través de la imagen de cosas aprendidas y adquiridas anteriormente; en cambio, la memoria como recuerdo del pasado, presenta la imagen de un suceso ocurrido en otro tiempo, es decir, de una manera ligada a la temporalidad. Justo en este punto, la memoria se separa de la reminiscencia, pues, además de no tener el objetivo primordial del conocimiento, la memoria *trae*, por medio del recuerdo, tanto imágenes como sensaciones, emociones y cosas tales como: rostros, palabras, olores, números y eventos, que “no sólo aparecen, si no que, reaparecen como siendo los mismos”²⁰. En términos generales, la reminiscencia rememora experiencias y saberes pasados con el fin de

¹⁹ En este punto, posterior al análisis del mito platónico, nuevamente, es pertinente aclarar que, la reflexión del mito expone y pretende orientar a las problemáticas de la *Historia escrita*; en ningún sentido, se intenta desacreditar a la Historia oral como manifestación eficaz del pasado, simplemente, se omite su desarrollo y sus consecuentes problemáticas porque dirigirían a consideraciones proscrites, mismas que, esta investigación se reservará.

²⁰ P. Ricœur, *La memoria, la historia, el olvido*, p. 43.

incorporarlos al presente; a diferencia y como dice Aristóteles: “La memoria es cosa de lo ya ocurrido”²¹, pues, todo recuerdo lo re-presenta y se acompaña de la noción de tiempo.

Esta direccionalidad que tiene la memoria hacia *lo ocurrido* contrae su primordial preocupación, pues todo acto de recordar, más que acercar el pasado al presente, tiene la finalidad de “luchar contra el olvido, arrancar algunas migajas de recuerdo a la ‘rapacidad’ del tiempo, y a la ‘sepultura’ en el olvido”²². La memoria tiene el deber de no olvidar.

Justo, la intencionalidad de la memoria, de proteger el pasado y su distancia temporal, pretende recordar los acontecimientos tal y *como realmente ocurrieron*. De ahí su fidelidad, pues la memoria intenta conservar la verdad de lo que ocurrió. Sin embargo, esta meta debe enfrentar varios obstáculos, como la manipulación y el abuso de los recuerdos o la imposibilidad de objetividad, ya que, existe una discriminación de los hechos, por parte del historiador, al aplicar sus propios baremos para decidir “lo que es digno de mantener vigente”; asimismo, la memoria deberá desafiar la fugacidad de las palabras en el terreno oral.

Este último quizá sea el más preocupante, para esta investigación, pues “los recuerdos transmitidos únicamente por vía oral vuelan como lo hacen las palabras”²³. Por ello, surge la inscripción de la memoria, para conservarla, fijarla y en el mejor de los casos objetivarla; en este punto, el proceso de la escritura se imbrica con la memoria y la Historia, pues ambas comparten el mismo objetivo, evitar el olvido a través de la representación del pasado.

Sin embargo, el paso de la oralidad a la escritura no garantiza la salvedad de los obstáculos anteriormente mencionados, es decir, la escritura y la representación del pasado seguirán acompañadas de las patologías propias de la memoria. Éstas conllevarán a nuevas complicaciones en el terreno de la investigación histórica, pues influirán en el proceso de configuración de los relatos históricos, dispuestos como documentos o narraciones, y perjudicarán la manera en que estos relatos representan lo que ocurrió en un tiempo pasado. Para rebasar estos obstáculos, la escritura franqueará a la memoria a través de incursionar en las operaciones historiográficas, bajo los criterios de la epistemología histórica

²¹ Aristóteles, “Acerca de la memoria y de la reminiscencia”, en *Acerca de la generación y la corrupción. Tratados breves de historia natural*, Intro., trad. y notas de Ernesto La Croce y Alberto Bernabé Pajares, Madrid: Gredos, 1987, (Biblioteca clásica gredos, 107), 449 b.

²² P. Ricœur, *La memoria, la historia, el olvido*, p. 51.

²³ *Ibid.*, p. 63.

científica, e instaurarse como una fuente histórica necesaria, pues, “la historia es, de principio a fin, escritura”²⁴.

Como se logra atisbar, la escritura se yergue desde su origen como remedio y veneno, tanto para la memoria como para la Historia. Por mi parte, durante esta investigación no pretenderé arremeter contra este fármaco, o afirmar si remedia o envenena la representación del pasado; al contrario, ostento el origen y la naturaleza de la escritura, para contemplar su ambivalencia, misma que, estará presente e incursionará junto con Clío y Hermes este recorrido de reconstrucción.

Así concluyo este preámbulo que, como bien anticipé, no es el comienzo pero si el origen que insufla el *pneuma* (πνεύμα) a esta investigación. Me situó y comienzo la encrucijada, como dice P. Ricœur: *entre el desgarrar por el tiempo y la escritura de la Historia*²⁵.

²⁴ *Ibid.*, p. 181.

²⁵ *Ibid.*, p. 11.

CAPÍTULO I FUNDAMENTOS PARA CONSIDERAR A LA HISTORIA COMO UNA RECONSTRUCCIÓN HERMENÉUTICA

NOTA PREVIA

A partir de lo mencionado en la introducción, se puede comenzar por distinguir entre memoria e Historia, esto con el fin de apuntalar las características sustanciales que las asemejan así como las que las separan. Si bien, la memoria fue la principal herramienta de la Historia en sus inicios; actualmente, dicha herramienta no corresponde con los criterios epistémicos que la investigación histórica ostenta desde su incursión científica en el siglo XIX.

Esta distinción conceptual permitirá, en primera instancia, delimitar el campo de acción de la investigación histórica; posteriormente y a grandes rasgos, vislumbrar qué es lo que se nombra como Historia, cuáles son sus métodos y sus objetivos; para finalmente, partir de estos conceptos hacia las emergentes reflexiones, tanto de historiadores como de filósofos del siglo XIX y XX, que suministran nuevos sentidos al estudio del pasado humano.

En este punto, la inclusión de la Hermenéutica adquiere pertinencia debido al proceso de reconstrucción, que elabora el historiador, mediante la interpretación de los documentos históricos; es claro y distinto que, la Historia y la Hermenéutica son disciplinas con principios diferentes, sin embargo, existen puntos de intersección entre ambas, por ello, esta última deberá situarse en un punto (τόπος) adecuado para presenciar y custodiar la representación del pasado, que deriva de la investigación histórica.

HISTORIA SIN MEMORIA

La Historia realiza una reconstrucción del pasado basándose en lo que ella misma denomina fuentes históricas²⁶; durante algún tiempo, una de ellas fue la memoria, sin embargo, algunas operaciones historiográficas, motivadas por la científicidad, terminaron por menospreciarla, desacreditarla e incluso diluirla, por ello, es necesario realizar un

²⁶ Posteriormente, se hablará de ellas detalladamente.

acercamiento a esta herramienta de reconstrucción y sopesar: si es prudente o no la presencia de la memoria en la investigación histórica.

La memoria como facultad humana permite recordar un acontecimiento y reconstruirlo, pero de maneras diversas y quizá muy vagas, pues, como toda facultad tiene sus debilidades, ya que, puede estar permeada y/o afectada por factores tanto internos como externos, por ende, cualitativamente, puede ser buena o mala. Tanto la memoria como la Historia se enfocan al pasado, ambas a pesar de coincidir en el objeto, se diferencian en perspectiva y método; en tanto la primera es motivada por la intencionalidad de recordar, la disciplina histórica, intenta comprender el hecho tal y *como realmente ocurrió*, además, es de carácter mediato, pues existe una reflexión previa, es decir, la reconstrucción y transmisión del pasado que realiza, por medio de las operaciones historiográficas, aspira a ser más objetiva que la ejecutada por la memoria.

Dicha objetividad se basa en las anteriormente mencionadas fuentes históricas, éstas son el elemento material con el que cuenta la Historia. A partir de ellas, el historiador realiza la labor de reconstrucción del pasado. Sin embargo, en última instancia, no depende totalmente de ninguna de ellas, es decir, ni de la memoria ni de las fuentes históricas. Esto debido a que, la labor de reconstrucción se lleva a cabo plenamente en la imaginación del historiador; esta “función anímica ciega, pero indispensable, sin la cual no tendríamos conocimiento alguno y de la cual, sin embargo, raras veces somos conscientes”²⁷, hay que distinguirla de la primera asociación que se puede presentar, a saber, no se trata de la facultad que goza de crear caprichosas y disparatadas fantasías, sino de la facultad que, según Kant, determina *a priori* nuestra sensibilidad y es capaz de representarnos un objeto incluso cuando éste no se halla presente²⁸.

Tomando en cuenta que, el pasado es “algo” que no se percibe empíricamente, la imaginación se erige como la facultad adecuada para presentarlo y favorecer la reconstrucción en sus posibilidades más próximas, a pesar de su ausencia. En cambio, la memoria no construye, sólo realiza una aproximación al pasado mediante el recuerdo.

Siendo así, ni la memoria ni las fuentes históricas son referentes únicos para considerar a la Historia como objetivamente verdadera, sino que, se deposita toda la

²⁷ Immanuel Kant, *Crítica de la razón pura*, trad. Pedro Rivas, México: Taurus, 2007, A 78, p. 112.

²⁸ *Ibid.*, B 151.

confianza en el criterio de veracidad de la facultad imaginativa del historiador, pues, ésta no le permitirá estructurar un acontecimiento incoherente o físicamente imposible, ya que, reconstruye lo ocurrido, según sus consideraciones, lo más apegado a la realidad.

Ahora bien, la red de acontecimientos, que reconstruye el historiador en su pensamiento, no se constriñe a la creación de una mera imagen del pasado basándose en las indicaciones de las fuentes históricas, sino que, existe un análisis y una crítica por parte del historiador, él considera si lo que le narran las fuentes es verosímil o no, además se apoya en su imaginación histórica para entamar los datos o los acontecimientos de una forma continua y sucedánea. Debido a que el criterio de verdad se encuentra afianzado en la imaginación, el historiador debe crear un mundo histórico que tenga sentido, asimismo, se compromete a representar una imagen de los hechos, tal como fueron y tal *como realmente ocurrieron*. Para ello, debe guiarse por reglas básicas, a fin de que, la imagen del pasado esté localizada en un tiempo y en un espacio específico, pues su historia debe tener coherencia consigo misma y debe mantener una relación con algún testimonio histórico al cual referir. Si bien, la reconstrucción es autónoma de las fuentes, éstas sustentan y justifican el análisis y/o crítica que realiza el historiador.

Aunque la memoria tiene la capacidad de *traer* el pasado, de una forma organizada, ordenada y la posibilidad de sistematizar esa realidad evocada, en un documento escrito, para ser considerada como fuente histórica, aún se le contempla con sospecha. Pues, la investigación histórica, guiada por los criterios de verificabilidad y el ímpetu de verdad por correspondencia, ha preferido a la imaginación como facultad de estructuración del pasado, debido a que, cuenta con una justificación filosófica y un método, considerado objetivo, que le otorga un grado inferencial, por ende, el conocimiento que deriva de ella es más fiable, lógico y científico.

A manera de apología, es necesario aclarar que, la memoria se encuentra ligada e interpenetrada a la propia imaginación, una facultad no contradice a la otra, ya que, ambas se imbrican al realizar representaciones a través de imágenes. Al *evocar* “algo” siempre se *imagina* “algo”. No obstante, cada una tiene objetivos e intenciones diferentes; si bien y de manera muy general, la imaginación se inclina por la presentación de una imagen ausente *irreal*, en contraste, la memoria presenta una imagen ausente *anterior*, por medio de la

operación de remontarse temporalmente al pasado, es decir, está incitada a reconstruir una realidad que *ya no es*, pero que en algún tiempo *fue*.

LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA COMO RECONSTRUCCIÓN

Debido a la falta de objetividad, la investigación histórica ha logrado “diluir”, paulatinamente, a la memoria de las fuentes históricas; ahora bien, partiendo desde la misma disciplina intentaré exponer, someramente, los elementos que sí son considerados dentro del campo de conocimiento histórico. Durante esta exposición, no mencionaré el largo camino que ha recorrido la disciplina histórica, entre el fluctuar de las ciencias y las humanidades, para fundamentar e instaurar sus principios, términos y métodos; simplemente, anotaré algunos conceptos que servirán, como puntos clave, para las subsecuentes reflexiones de esta investigación.

Desde sus comienzos, la Historia ha discrepado de los mitos, escapado de las leyendas, y ha enfrentado tanto a la retórica como a la literatura. Fue hasta el siglo XVII donde el espíritu cartesiano la incitó a un método crítico, y finalmente, arribó al siglo XIX, en palabras de Robin George Collingwood, como un “estudio al mismo tiempo crítico y constructivo, cuyo campo es el pasado humano en su integridad y cuyo método es la reconstrucción de ese pasado a partir de documentos escritos y no escritos, críticamente analizados e interpretados”²⁹. A favor de esta definición, Marc Bloch, el fundador de la Escuela de los Annales, agrega que, efectivamente, “la Historia es la ciencia del pasado”³⁰ y su pretensión es dar cuenta de *lo ocurrido* con objetividad y verdad, sobre todo, es la “ciencia de los hombres, pero de los hombres en el tiempo”³¹; en esta dirección, la Historia se yergue como la eterna inclinación a reconstruir el mundo acontecido.

Aunque es muy sutil la diferencia entre estas definiciones, ambas coinciden en investigar al hombre a través del tiempo. No obstante, una apunta como objeto de conocimiento al “pasado humano” y la otra subraya como preeminente al “hombre en el

²⁹ Robin George Collingwood, *Idea de la historia*, trad. Edmundo O´ Gorman y Jorge Hernández Campos, México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 2011, p. 288.

³⁰ Marc Bloch, *Introducción a la historia*, trad. Pablo González Casanova y Max Aub, México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 2010, (Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 64), p.27.

³¹ *Ibid.*, p. 31.

tiempo”. En primera instancia, la investigación histórica debe distinguir que no puede contemplar como objeto de estudio el “pasado”, porque, si bien, el tiempo es la condición de posibilidad de todos los fenómenos en general, no es algo que exista por sí mismo³², no hay manera de que ninguna ciencia pueda abstraerlo o fijarlo para su estudio. Por ello, Collingwood anota: “el pasado humano en su integridad”, de lo contrario, una disciplina que se dedique únicamente al “pasado”, denotaría una generalidad tan extensa que englobaría tanto fenómenos naturales como humanos.

De la misma forma, la investigación histórica no puede concentrarse solamente en “el hombre”, porque ocurre el inconveniente de reducir su estudio a los aspectos individuales; y la Historia no refiere sólo al hombre como individuo, sino a su pluralidad y temporalidad, es decir, al devenir de la humanidad por completo. Al contrario de “el pasado”, la humanidad, indirectamente, puede ser objeto de conocimiento por medio de los signos, símbolos y/o discursos depositados en sus manifestaciones materiales; a partir de ellas, la Historia pretende objetivar al ser humano, y más allá de explicarlo, su intención es comprender todo el nexo entre tiempo y hombre. Por ello, no puede disociarse esta dupla, pues, la esencia de la Historia implica la continuidad del hombre en el tiempo.

Ante la incursión de los criterios científicos en las humanidades, la investigación histórica fue permeada e intento seguir dichos principios y pretensiones, por ello, incumbe retomar la palabra griega: *episteme* (ἐπιστήμη), que los latinos tradujeron como *ciencia* (scientia), este concepto denota un conjunto de conocimientos ordenados, por lo tanto, la Historia puede ser considerada una ciencia, pero como una ciencia especial y muy distinta a las ciencias de la naturaleza. A la par, su objeto de conocimiento posee características especiales a las de otras ciencias, pues, no es ni universal ni abstracto, pero tampoco es del todo particular ni concreto, además no es observable empíricamente, sino que, sólo se puede aproximar a él de una manera mediata o indirecta.

Como *elemento integral* en el proceso de las operaciones historiográficas, el historiador reconstruye, a través de la imaginación histórica, los hechos acontecidos; realiza un acercamiento al pasado, por medio de las fuentes, pero sólo las utiliza como un dato, como una guía y no como mediación total, pues, él mismo se transforma en su propia mediación, es “el puente hacía el pasado”.

³² I. Kant, *Crítica de la Razón Pura*, B 49, p. 76.

El historiador no tiene, exclusivamente, la tarea de comprender el pasado humano, sino que, también intenta comprender el presente a partir del pasado, pues “la incompreensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado”³³.

Por lo anterior y al considerar como objeto de estudio “el pasado humano”, la Historia, desde cierta perspectiva, no sólo pretende reconstruir las acciones ocurridas, sino que intenta adentrarse en el pensamiento de estas acciones, es decir, discernir el pensamiento de los agentes de acción, para descubrir lo que expresan y comprenderlos. Así, la Historia se convierte en una disciplina sobre el pensamiento humano. Con esto, la labor del historiador se maximiza, pues no sólo tiene que representarse las acciones ocurridas, sino que debe actualizar el pensamiento pasado en el presente, esta reestructuración la realiza desde su propio contexto, efectuando un análisis, y una crítica.

Contrariamente a las ciencias empíricas, donde el objeto de estudio es palpable y experimentable, la investigación histórica no cuenta con esta ventaja, pues su objeto de conocimiento son hechos que han ocurrido en otro tiempo, es decir, que han dejado de existir, es por ello que, la reconstrucción de las acciones pasadas se lleva a cabo desde la imaginación del historiador. Por lo tanto, “la historia no es en sí misma más que la recreación del pensamiento pasado en la mente del historiador”³⁴, al recrear el pasado en su propio pensamiento, lo actualiza y al volverlo presente le otorga una cierta existencia efectiva.

Ahora bien, las fuentes históricas fungen como *elemento material* para la reconstrucción del pasado, a partir de ellas, el historiador realiza una interpretación de lo que ocurrió. Las fuentes históricas, en analogía con las fuentes hídricas, son un constante fluir de manifestaciones pasadas de donde el historiador “bebe” para dar nueva “existencia” al pasado. Estas manifestaciones pueden ser escritas o no escritas, voluntarias o involuntarias, por lo que su campo se vuelve casi infinito; por esto y para poder aproximarse a ellas, el historiador debe saber dónde buscar para encontrarlas y recabarlas, además debe convertirse en un especialista en su manejo y contextualización para analizarlas, confrontarlas, someterlas a pruebas de autenticidad, y finalmente, entamarlas en una interpretación.

³³ M. Bloch, *Introducción a la historia*, p. 47.

³⁴ R. G. Collingwood, *Idea de la historia*, p. 310.

En el campo de las fuentes históricas, el historiador no debe tener una actitud de aceptación o rechazo frente a ellas, simplemente, debe reconocerlas e interpretarlas, no puede agregarles nada o identificarlas como autoridades fieles a lo ocurrido, pues omitiría su labor crítica y su interpretación caería en el error de hacer una mera transcripción de fuentes; el historiador debe concebir a las fuentes como “mudas”, y a él, como la “voz” que surgirá de ellas.

Otro sentido, muy socorrido, que se le da a las fuentes históricas, es el de *huella*, pues, al igual que, cuando un animal deja su rastro en el lodo; en la Historia, las fuentes son huellas, indicios o marcas que han dejado los fenómenos ocurridos en otro tiempo y que nuestros sentidos pueden percibir en el presente. Estas huellas del pasado pueden referir tanto a documentos escritos como a vestigios de todo tipo, desde fósiles, vasijas, cerámicas, pinturas, esculturas, monumentos y hasta pequeños signos. Por la extensión de las fuentes, la Historia ha tenido que ramificarse en otras disciplinas para que se hagan cargo de un tipo específico de huella, así surge la paleontología, la antropología, la arqueología, la etnohistoria, etc. Dependiendo de la fuente histórica, la disciplina encargada de su estudio utilizará el método apropiado para interpretarla.

En el caso de los documentos escritos, el historiador realiza una prueba documental para verificar su autenticidad, y así, considerarlos e integrarlos en la investigación histórica; según algunos lineamientos que expresa Paul Ricœur en *La memoria, la historia, el olvido*³⁵: un documento sirve como testimonio histórico, si da cuenta de un *hecho*, es decir, debe indicar un tiempo fechable, un espacio geográfico delimitado, nombres propios y verbos de acción o estado. Posteriormente, este hecho histórico se “disolverá” en el *elemento formal*, a saber, en la interpretación del historiador.

Por tal, es importante distinguir entre el *hecho* y el *acontecimiento*: el segundo no se reduce al primero, pues, el hecho no es el acontecimiento del pasado, sino únicamente el intento de enunciarlo, es lo que subyace y permanece en las fuentes históricas; simplemente, el *hecho* es lo que le servirá al historiador como fundamento para representar el *acontecimiento*.

En síntesis: el historiador, como *elemento integral* de la Historia, tiene el deber de equilibrar el *elemento material*, que son las fuentes históricas en las cuales se enuncia un

³⁵ Cf. P. Ricœur, “La prueba documental”, en *La memoria, la historia, el olvido*, p. 233.

acontecimiento, y conformarlo en el *elemento formal*, que es la interpretación de donde emergerá una representación del hecho; sin estos elementos no hay Historia. Ahora bien, la interpretación, de las fuentes históricas, alcanza su organización y configuración en una estructura narrativa, que se presenta desemejante tanto del hecho como del acontecimiento, pues, está mediada por el proceso de estructuración de la imaginación del historiador.

Como se mencionó anteriormente, el historiador debe desarrollar un proceso crítico con el objetivo de descubrir qué hecho constata y qué significado contiene la fuente histórica; además de develar “la verdad del pasado” que intenta transmitir, esto, para plasmar su interpretación en una narrativa. Este proceso crítico comienza por desacreditar como autoridades a las fuentes, a pesar de ser el único vínculo con el pasado, no se pueden considerar dogmáticamente como poseedoras de verdad, sino que, el historiador debe contemplar con un poco de escepticismo, tanto el hecho que narran como el autor que la escribe, pues ambos pueden contener “influencias perturbadoras” o intenciones ocultas.

La interpretación que intenta realizar el historiador no debe partir de su mera intuición, sino de principios y criterios sólidos que, usualmente, se originan inductivamente tras la inspección y comparación de las fuentes, no obstante, tiene su base en el pensamiento del historiador. Al ser subjetivos los principios que utiliza, el historiador debe explicar dichos principios y justificar la veracidad de su interpretación. A favor, Collingwood agrega que, “si sus principios son correctos, su narración será verdadera, o lo más verdadera que puede ser en virtud de las evidencias disponibles”³⁶. Debido a la falta de un método independiente para verificar si los principios, o las interpretaciones, son verdaderos, la investigación histórica debe analizar que la narración se derive legítimamente de las evidencias de las cuales surge.

En este punto, la Historia debe estar atenta de aquellos historiadores que formulen narraciones tendenciosas, es decir, que se encuentren íntimamente ligados al hecho. A causa de la cercanía, a la toma de postura o a los juicios de valor, entre otras, el historiador puede modificar su perspectiva y sus métodos para construir una narración que implique la acreditación o desacreditación de algún acontecimiento o personaje histórico. Es verdad que, en la Historia, la mayoría de las narraciones están permeadas por tendenciosidad³⁷, sin

³⁶ R. G. Collingwood, *Idea de la historia*, p 475.

³⁷ El término *tendenciosidad*, según la Real Academia Española, denota la cualidad de tendencioso, es decir, que presenta o manifiesta algo parcialmente, obedeciendo a ciertas ideas. En este caso, siguiendo las

embargo, el historiador debe ser consciente de sus propias tendencias, para superarlas y deshacerse de ellas, pues su función no es juzgar, sino explicar, debe crear un marco mental neutro para poder narrar la verdad³⁸; y así, escribir “la verdadera Historia”, la que se presenta desapasionada y desprovista de todo tipo de juicios de valor.

La Historia es consciente de la infinitud de fuentes históricas de las cuales depende, al igual que, de la infinitud de interpretaciones que pueden surgir de cada una de ellas; por ello, la labor histórica se considera como interminable, nunca se puede decir que “se ha dicho todo” sobre algún acontecimiento, pues siempre surgirán nuevas evidencias y nuevas interpretaciones respecto a éste. Debido a su carácter provisional, el historiador sabe que su interpretación no es completamente verdadera, pero tampoco es del todo falsa, es consciente del arribo de nuevas evidencias y posibles perspectivas que sustituyan, refuten o redirijan su reconstrucción.

Finalmente, y por todo lo anterior, la investigación histórica se revela como una disciplina digna de reconstruir *la vida de los hombres del pasado*, porque es consciente de sus límites, ya que, su propósito nunca será narrar los hechos tal *como realmente ocurrieron*, de antemano sabe que, el conocimiento íntegro o total de una realidad acontecida es inalcanzable. Por ello, su motivación, en primera instancia, no se cifra en lo que *pretende hacer*, sino en lo que *logra hacer*. Debido a la certeza de esta ilusión, la investigación histórica no se abate, pues, si bien sabe que su objetivo es inalcanzable, también sabe que, no hay mejor motivación que lograr aproximarse a lo inalcanzable, es decir, a la representación del pasado, a través de una reconstrucción.

INTERSECCIONES. HISTORIA Y HERMENÉUTICA

Retomando y sintetizando lo que se mencionó en el apartado anterior, se puede afirmar a grandes rasgos que, las fuentes históricas son la base para enunciar un hecho y reconstruir un acontecimiento por medio de la imaginación histórica, esta última configura una

consideraciones de R. G. Collingwood, en su texto *Idea de la historia*, utilizo el término para referir a las historias escritas bajo las determinantes influencias de su autor, enfocadas a resaltar una interpretación específica de la realidad histórica. Cf. R. G. Collingwood, *op. cit.*, p. 488-489.

³⁸ *Ibid.*, p. 489.

narración con pretensiones de verdad y de la cual emerge una representación del pasado³⁹. Sin embargo, en este proceso de la investigación histórica, subyace una disciplina que, se encuentra implicada en la profundidad del manejo de las fuentes, así como, en su interpretación y en la configuración de sus narraciones, a saber: la Hermenéutica. Si bien, el historiador es un intérprete de textos, no los considera de una manera aislada, ya que, la materialidad de las fuentes sólo le sirve como mediación para reconstruir el nexo histórico en el cual se inscriben.

Siendo así, el historiador no se constriñe a realizar narraciones que relaten lo mejor posible los hechos acontecidos, sino que, puede observar, desde una reflexión hermenéutica, otra perspectiva de la representación del pasado, y así, sustentar la estructura de una consciencia histórica que atisbe una comprensión más extensa e integral del pasado humano.

Para percibir el vínculo que existe entre Historia y Hermenéutica se mostrará, de la mano de *Verdad y método I*, el camino que recorre la noción de comprensión, desde L. Ranke, J. G. Droysen y W. Dilthey hasta arribar a la universalización de la hermenéutica, que postula H. G. Gadamer; con esto y tomando en cuenta la analogía de: “la Historia como un texto” se podrá entender la inserción de la hermenéutica en las operaciones historiográficas. A la par, se podrá contemplar: cómo la Hermenéutica le sirve de piedra de toque a la Historia para sustentar tanto la estructura de la narración como la representación del pasado que emerge de ella.

Si bien, la hermenéutica tiene el objetivo de interpretar textos, esta disciplina, siguiendo los criterios de las operaciones historiográficas, intentará interpretar las fuentes históricas y comprender el contexto del que surgen. La investigación histórica se sabe a sí misma como imperfecta, reconoce que una interpretación con miras solamente a presentar el pasado no basta, pues se truncaría el camino hacia la comprensión, por tanto, la Historia debe fijarse como esencial principio constitutivo *la instrucción del hombre sobre sí mismo y sobre su posición en el mundo*⁴⁰.

³⁹ Hasta ahora, el proceso histórico que he descrito, no ha hecho hincapié en la noción de *representación del pasado*, posteriormente, ésta será explicada y desarrollada a partir de las reflexiones de Paul Ricoeur.

⁴⁰ Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método I*, trad. Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito, Salamanca: Sígueme, 2007, (Hermeneia 7), p. 257.

Uno de los elementos más arraigados en el siglo XIX y que ayudaron a proyectar las teorías hermenéuticas en los procesos de las operaciones historiográficas, fue el esquema del *todo y sus partes*: “los detalles de un texto sólo pueden entenderse desde el conjunto, y éste sólo desde aquéllos”⁴¹; partiendo de lo anterior, una historia al igual que un texto, puede ser comprendida. Pero al aplicarse este postulado surge un nuevo problema tanto para la investigación histórica como para la Hermenéutica, pues, como se ha aclarado, la Historia es inacabable, no es un conjunto finito que pueda ser analizado a la manera de un texto.

Siguiendo el esquema del *todo y sus partes*, Leopold von Ranke permeado del espíritu de la época, da un primer paso para formular la unidad de la Historia y justificar su conocimiento a partir de una hermenéutica filológica. Define a la realidad histórica como un nexo de continuidad, en el cual se mantienen los hechos que por haber tenido “éxito” perduran llenos de significado y sentido, es decir, una acción lo *es* cuando hace historia, o sea, cuando tiene un efecto que le confiere un significado histórico duradero⁴². A pesar, de concebir al mundo histórico como una serie de acontecimientos que se siguen, se condicionan y se suman, L. Ranke señala un punto que les da unidad, y por lo cual logran perduran en el tiempo, justo es el significado.

Lo característico y lo que da significado, a las acciones implicadas y narradas en los hechos, es la manifestación de “libertad y fuerza”, por tal, la interpretación debe enfocarse a los textos, pues deben interpretarse desde *ellos mismos* para comprender estas expresiones y rescatar su sentido. Siendo así, el historiador debe ser consciente del juego de fuerzas que despliegan los textos, adentrarse en ellos, y así reconocer que, él mismo está implicado en la continuidad y en el desarrollo, de la misma Historia, que intenta comprender. Esta consciencia, según Ranke, no es conceptual, sino que, se injerta en el ámbito de la simpatía; cuando el historiador comprende los fenómenos históricos, concebidos como manifestaciones de la vida, participa inmediatamente de la vida.

Este aparente panteísmo de Ranke, en el cual, el historiador, a partir de sumar acontecimientos y sabiéndose integrante de ellos, comprende el todo de la Historia porque

⁴¹ *Ibid.*, p. 254.

⁴² *Ibid.*, p. 259.

participa en la vida; Johann Gustav Droysen, lo deja atrás para intentar acotar y rescatar la noción de comprensión de esta indeterminación en la que se hunde.

Una de las primeras consideraciones para fundamentar la comprensión, y la hermenéutica a la vez, como carácter epistémico en la Historia, surge del principio: *comprender es emprender una expresión*, Droysen postula que, un agente o una comunidad libera su interioridad mediante manifestaciones externas, mismas que, pueden ser captadas y aprehendidas porque se trasladan al mundo de lo comprensible, es decir, emergen como *expresión*. En este caso, el historiador no se ciñe sólo al agente de acción o a un hecho aislado, sino que, se eleva a la esfera de lo moral, pues es ahí, donde los acontecimientos adquieren significado como momento histórico, este es el nivel de lo comprensible, ya que, el mundo de lo moral engloba a todos los seres humanos pero de diferentes maneras.

El historiador debe contemplarse como constreñido bajo las condiciones concretas de su existencia histórica, es decir, condicionado y limitado por su pertenencia a determinadas esferas sociales, políticas, económicas y religiosas, para poder moverse en la mediación que es el mundo de lo moral; esta primera comprensión psicológica, sólo es subordinada a la comprensión histórica, posteriormente, el historiador debe intentar superar el mismo comprender. En este punto, comprender no refiere únicamente a la simpatía hacia la *expresión* plasmada en las fuentes históricas, sino también, en investigar constantemente la tradición, recabando nuevas fuentes y reinterpretándolas sin cesar.

Los postulados para la investigación histórica, que formula J. G. Droysen, superan la distancia entre el hecho histórico y el historiador, pues, la mediación del mundo moral les otorga un vínculo especial, de forma que, es posible contemplar y *experimentar* con el objeto de estudio. A partir de la autoinvestigación de la conciencia moral, el historiador puede acercarse y comprender el pasado, pues metonímicamente, “lo individual se comprende en el conjunto, y el conjunto se comprende desde lo individual”⁴³. Este tipo de conocimiento histórico tiene su base en la congenialidad del historiador con las expresiones, que existen en las fuentes históricas, ya que, son comprensibles porque son *expresión*.

En síntesis: “El que comprende, en cuanto que es un yo, una totalidad en sí, igual que aquél a quien intenta comprender, completa su comprensión de la totalidad de éste a

⁴³ *Ibid.*, p. 276.

partir de la exteriorización individual, y ésta a partir de aquélla”⁴⁴. De este modo, la Historia se considera dentro de la esfera de lo que tiene sentido, pues al igual que un texto, puede comprenderse desde la reconstrucción de sus fragmentos.

A partir de los postulados de Ranke y Droysen; Wilhelm Dilthey intentará desarrollar una *crítica de la razón histórica* para fundamentar epistémicamente y justificar filosóficamente a la ciencia histórica. Al contrario de Kant, no tendrá el problema de fundamentar: cómo el hombre aprehende el mundo externo, pues el mundo histórico siempre será una realidad formada y conformada en la interioridad del ser humano. Esta afirmación implica una configuración del mundo histórico en la que existe la homogeneidad entre los elementos que lo integran, es decir, historiador-Historia. Por ello, el primer presupuesto del que parte es que la condición de posibilidad de conocimiento histórico es que, “yo mismo soy un ser histórico, en que el que investiga la historia es el mismo que el que la hace”⁴⁵.

Este nexo de conocimiento, entre historiador e Historia, está sustentado en la idea de una *estructura* de relaciones internas, no sujetas al tiempo, denominadas por W. Dilthey como *vivencia*. Él mismo sostiene que, esta estructura desarrolla y configura unidades de significados duraderos. El hombre, considerado como una unidad que se expresa en cada una de sus manifestaciones, y como partícipe de la vida misma, puede comprender estas expresiones y al mismo tiempo autocomprenderse. En este punto, se presupone que dicha *estructura*, que es la vida misma, tiene como fundamento un principio hermenéutico, a saber: “El nexo estructural de la vida, igual que el de un texto, está determinado por una cierta relación entre el todo y las partes. Cada parte expresa algo del todo de la vida, tiene por lo tanto una significación para el todo del mismo modo que su propio significado está determinado desde este todo”⁴⁶.

Bajo estos fundamentos, aún anclados a la comprensión psicológica, Dilthey intentará responder: cómo es posible el conocimiento histórico. Para ello, recurre a la universalización de la consciencia histórica, ya que, es la única capaz de contemplar, como objetos de autoconocimiento, a todos los fenómenos del mundo tanto humanos como históricos.

⁴⁴ *Idem.*

⁴⁵ *Ibid.*, p. 281.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 283.

Debido a la infinitud de la Historia, respecto a sus fuentes e interpretaciones, podría implicarse que, la consciencia histórica es infinita, lo cual, resultaría contradictorio, pues, la investigación histórica es realizada por un ser finito, todavía más complicado, por un ser subjetivo. Dilthey diluye esta contradicción afirmando que, la consciencia histórica “se sabe en una relación reflexiva consigo misma y con la tradición en la que se encuentra. Se comprende a sí misma desde su historia⁴⁷”, tiene como principio superar los límites que le impone la comprensión subjetiva y eliminar las barreras de la contingencia, ya que, su ideal es ascender a verdades generales; lo anterior, contrarresta la noción estática de una consciencia situada en un punto histórico desde el cual ejerce su comprensión y aprehensión para apropiarse de una tradición.

El origen de la consciencia histórica diltheyana se cimienta en la vida, a través de la reflexión de las objetivaciones, su labor es el autoconocimiento, que es sabiduría proveniente de ella misma; por esto, la consciencia histórica tiene la capacidad de “trasladarse” de lo individual a lo general. No obstante, no queda estable el fundamento epistémico para el conocimiento histórico ni es sólido para afirmar que la reflexión, de esta consciencia histórica, devenga en un saber válido y objetivo para la Historia. Esto se debe a que, Dilthey se respalda en conceptos de la hermenéutica romántica, los cuales son herencia casi directa de Ranke y Droysen. No obstante y acotando, este primero, se obligaba a referir y privilegiar el análisis de las fuentes, el segundo, no tan concluyente, suponía que el objeto de comprensión era el autor; finalmente, los tres apostaban que, descifrando y comprendiendo el texto podían acceder al hecho o a la individualidad del autor, y así, a través de la simpatía descubrir el sentido que ocultaban.

Las consecuencias de estos postulados, para bien o para mal, es que atisban a la *comprensión* como fundamento epistémico, aunque no logre superarse y elevarse más allá del ámbito psicológico. De esta manera, el mundo histórico queda equiparado a un texto, la Historia queda reducida a meras expresiones de la vida; y la hermenéutica como un medio por el cual, la consciencia histórica puede comprender y dar sentido a estas expresiones del pasado. Para despojarse de las propuestas anteriores, será necesario que la Hermenéutica supere la fase univocista, de enfoque a las fuentes o al autor, para contemplar la labor histórica desde otra perspectiva menos reduccionista.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 296.

Con Martin Heidegger, la hermenéutica adquiere una nueva posición, pues de su anclaje epistémico, como herramienta de mediación para el conocimiento histórico, se trasladará al terreno de la ontología. A través de la reformulación de la noción de comprensión, ya no desde la postura de Dilthey, como fundamento de conocimiento para las ciencias del espíritu, sino ahora, como *el modo de ser del estar ahí*; la comprensión será la forma de realización del *estar ahí* y la posibilidad para la interpretación. Esta ampliación de la noción de comprensión, dará un giro respecto al conocimiento histórico, pues más allá de poder comprender las expresiones del pasado; M. Heidegger y posteriormente H. G. Gadamer acordarán que, toda *comprensión es un comprenderse*⁴⁸.

Este giro de comprenderse a través del pasado, que formula Heidegger, complementa y completa la estructura general de la comprensión. Dicha comprensión histórica está fundamentada en la misma estructura del *estar ahí*; el ser humano, así como, está “arrojado” y se “proyecta” hacia sus posibilidades futuras, puede experimentar la historicidad porque pertenece a tradiciones que pertenecen a la Historia⁴⁹. Conforme lo anterior, la comprensión, de la tradición histórica, será necesaria y la hermenéutica será la encargada de revelar el sentido de este tipo de comprensión.

A partir de estos antecedentes y específicamente de la preestructura de la comprensión heideggeriana, Hans-Georg Gadamer iniciará la fundamentación para su teoría de la experiencia hermenéutica, instaurando como eje central, la “universalización” de la comprensión. Como primer paso, la precomprensión heideggeriana permitirá plantear la noción de *prejuicio* como condición de la comprensión, esta noción no es considerada sólo como juicio previo, sino que, refleja la realidad histórica del hombre. En tanto que, no sean prejuicios por precipitación, es decir, aquellos que durante el uso de la razón hacen caer en el error, sino prejuicios legitimados racional y libremente como autoridades de la tradición. Así la tradición y el pasado adquieren una consagración como autoridad oculta, pues “nuestro ser histórico y finito está determinado por el hecho de que la autoridad de lo transmitido, [...] tiene poder sobre nuestra acción⁵⁰”.

Por lo tanto, la realidad histórica expresa el vínculo que existe entre el hombre y la tradición, esta pertenencia hace que ambos *se pertenezcan* mutuamente: “no es la historia la

⁴⁸ *Ibid.*, p. 326.

⁴⁹ El vínculo que se alude en este punto, no es de tipo homogéneo, sino sólo de pertenencia.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 348.

que nos pertenece, sino que somos nosotros los que pertenecemos a ella⁵¹”. Asimismo, la consciencia histórica deberá posicionar, históricamente, al hombre en relación con su pasado; instaurándose como la mediación para la investigación histórica, ya que, conserva y actualiza todo lo que tiene un significado elocuente que, a pesar de la distancia temporal, siempre dice algo en cada presente. Siendo así, se despliega una comprensión que, no realiza únicamente una reconstrucción histórica, sino que, se encuentra en continua mediación con el pasado y el presente, pues es consciente de la propia pertenencia a la tradición, y recíprocamente, incluye aquello que tiene significado a nuestro presente.

Partiendo del presupuesto hermenéutico de: *comprender desde el todo a las partes y de la parte al todo*, para Gadamer, el arte de la comprensión se realiza por completo en la confluencia de la movilidad de la tradición y la movilidad del intérprete; al contrario de sus predecesores, no concibe a ambos como unidades terminadas, sino como siempre en formación y movimiento, por tanto, la comprensión debe poder desplazarse entre la tradición y el intérprete. En este punto, surge la hermenéutica, no con el objetivo de explicar cómo es posible este proceso, sino para dilucidar las condiciones bajo las que surge la comprensión.

Ante el extenso terreno que despliega la distancia temporal y la pertenencia a una tradición, la hermenéutica adquiere un punto medio entre ambas. Justo este sitio, le permite reconocer con objetividad el sentido que existe en las cosas. Al igual que la investigación histórica, la hermenéutica gadameriana considera que, el sentido de un texto siempre supera a su autor y que su significado se hace más claro y reconocible cuando pertenece a una dimensión parcialmente terminada, por lo tanto, su comprensión siempre producirá una comprensión diferente, además se podrá distinguir con mayor claridad los prejuicios bajo los cuales se realiza dicha comprensión.

Aunque parezca una contradicción, la distancia temporal dota a la Hermenéutica de objetividad y la enlaza con la consciencia histórica, pues, debido a ésta adquiere consciencia del sitio desde el cual realiza la comprensión. Por ello, la investigación histórica no debe enfocarse únicamente al objeto de estudio, es decir, a lo ocurrido, sino también, a la relación que subsiste entre *la realidad histórica*, que se presenta como un pasado ajeno e inmerso en la distancia temporal de la tradición, y *la realidad del*

⁵¹ *Ibid.*, p. 344.

comprender histórico, que es la situación hermenéutica desde la cual atisba los prejuicios que la condicionan, de esta forma, se muestra la tensión ambivalente de comprender la tradición, misma que, aparece ajena y propia a la vez.

CONCLUSIÓN

A partir de las reflexiones de los propios historiadores y de las perspectivas hermenéuticas, que se vinculan a ellas, es posible contemplar una *idea de Historia* enmarcada por los límites respecto a su pretensión, su objeto de estudio y sus diferentes metodologías, en la mayoría, caracterizadas por la inferencia; en este mismo marco de investigación, surgen varios elementos, que serán importantes subrayar, para apuntalar una noción de Historia como reconstrucción hermenéutica. Si bien, las metodologías de la investigación histórica tienen como objetivo primordial representar el pasado humano, a través de una reconstrucción de hechos partiendo de las fuentes; no es factible reducir dicha noción de *reconstrucción* a la mera labor de conjuntar, acumular y presentar una serie de acontecimientos pasados.

Se menciona *reconstrucción* y no sólo construcción porque a diferencia de ésta, la labor histórica no configura sus escritos de la *nada*, sino que considera las narraciones existentes para crear nuevas. La Historia, en la ambivalencia de ser “el devenir de la humanidad y la ciencia que los hombres se esfuerzan en elaborar sobre su devenir”⁵², requiere de los aportes que le proporciona la hermenéutica para ubicar al hombre en su relación consigo mismo y su acontecer en el tiempo. Por ello, es necesaria una consciencia histórica formada hermenéuticamente, para más allá de realizar una reconstrucción del pasado, relacionar al hombre con él mismo, con los otros y el mundo, a través de los nuevos sentidos que emergen de dicha reconstrucción.

Se entiende como *reconstrucción hermenéutica* al proceso de la consciencia histórica en confluencia con una formación hermenéutica, esta conjunción será capaz de ubicar en el devenir espacio-temporal a la investigación histórica para hacerla consciente de sus prejuicios y del marco histórico desde el que interpreta; haciéndola prudente para elegir los métodos con los que abordará las fuentes históricas. Por medio de la interpretación

⁵² Raymond Aron, *Dimensiones de la conciencia histórica*, trad. David Huerta y Paloma Villegas, México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 2004, (Colección popular, 222), p. 13.

emergerá una representación con el objetivo de reconstruir el pasado en sus dimensiones justas, al menos esa será la pretensión: restituir y rescatar a la Historia, en sus realidades más próximas, del *desgarro por el tiempo*.

Es relevante mencionar que, este proceso se encuentra siempre interpelado por el presente del historiador, pues, éste desde sus condiciones históricas y motivaciones personales, influenciadas siempre por su esfera social, elige los acontecimientos que investigará y las preguntas para dialogar con el pasado. Debido a esta consciencia, y a la selección de datos, surgen nuevas historias que reescriben la Historia. Esta renovación, se debe a que en la Historia, no hay una unidad de significados fijos, si fuera así, el sentido se clausuraría.

La hermenéutica, como guía espacio-temporal del historiador y custodia de la emergente representación del pasado, es consciente que la reconstrucción del hecho a partir del acontecimiento narrado, nunca es la presentación del hecho bruto tal *como realmente ocurrió*, sino que, es de un carácter análogo. La serie de acontecimientos, que reconstruye el historiador en su imaginación, son puramente ideales, éstos se configuran en una narración que, a la par, elabora unidades de significado. Si bien, estos significados son perdurables, no logran escapar de los distintos factores de mutabilidad que intervienen en los procesos de la investigación histórica.

Es por esto, que “la Historia se deshace inevitablemente en un número indefinido de humanidades, cada una dedicada a una cierta manera de sentir, de vivir, y de imaginar el vasto universo”⁵³. De esta forma, la Historia se yergue como una unidad constituida por múltiples historias relatadas; y la hermenéutica como una perspectiva capaz de aproximarse y distanciarse de ellas, lo suficiente, para intentar comprenderlas.

Partiendo de estos principios, la presente investigación continuará con la explicación de dos teorías de la Historia, con el fin de considerarlas como posibles vías de reconstrucción, ambas ostentan la misma finalidad pero con sentidos opuestos. La primera teoría corre a cargo de Robin George Collingwood, quien a partir de principios lógicos y un método científico, reflexiona sobre la labor del historiador, sosteniendo un sentido unívoco de la manera de hacer Historia. Por el contrario, Hayden White parte de la teoría de los tropos, por lo que, su reflexión se arriesga a adquirir un sentido equivocista, pues, matiza y

⁵³ *Ibid.*, p. 33.

casi difumina las pretensiones de la investigación histórica, al equiparar estructuralmente, a las operaciones historiográficas con las operaciones poéticas de la Literatura.

La intención de exponer estas dos posturas, al parecer opuestas entre sí, es contemplar el sentido de la idea de Historia y el proceso de reconstrucción llevado a cabo en cada teoría, además de atisbar el tipo de representación del pasado que arroja cada una de ellas.

Ambas teorías, desplegaran tanto fundamentos epistémicos como conceptos de Historia diferentes, nociones que servirán para vislumbrar una cosa en común: la necesidad de conciliar, en la estructura de la narración, los procesos científicos de la investigación histórica y las configuraciones poéticas de la Literatura; la Hermenéutica tendrá la labor de reflexionar acerca de las posibles consecuencias de esta fusión, y observar con detalle, la representación del pasado que emerge de la misma.

CAPÍTULO II HACIA UNA RECONSTRUCCIÓN HERMENÉUTICA. DOS VÍAS CONTRAPUESTAS Y ENTRELAZADAS

NOTA PREVIA

Una vez delimitados y discernidos los elementos principales tanto de la investigación histórica como de la Hermenéutica; como se anticipó en el capítulo anterior, se expondrán dos perspectivas diferentes entre sí, con la finalidad de contrastarlas y reflexionar sobre los principios que las sustentan y las aspiraciones que pretenden. De esta forma, se dará paso al establecimiento de una base firme para sostener que, la *reconstrucción hermenéutica* en la Historia requiere de la *narración*, ya que, esta estructura textual se erige como una de las formas predilectas de objetivación, expresión y representación del pasado.

Por ello, será necesario comenzar con la exposición de una de las principales nociones planteadas por R. G. Collingwood: *la idea de la Historia*. A partir de ésta, surgen varios principios que afirman la existencia de un único mundo histórico; es relevante aclarar esta afirmación porque resultan varias consecuencias importantes para la Filosofía de la Historia y la Hermenéutica. Collingwood intenta sostener que la Historia y la Filosofía deben retroalimentarse, pues la primera contribuye con datos a la segunda, y ésta le otorga métodos a la primera; siguiendo esta afirmación, instaura principios lógicos como elementos constitutivos de las operaciones historiográficas, de esta manera y con la inspiración del paradigma de las ciencias de la naturaleza, aborda el estudio del pasado y procede a fundamentar un único mundo histórico, el historiador podrá derivar este mundo como verdadero o falso, dependiendo de, sí sus principios y métodos son correctos. Esta formulación impresiona porque al establecer a la investigación histórica bajo métodos lógico-científicos, termina excluyendo a todos los relatos históricos que no devengan de dichos criterios.

Para concluir este capítulo y dejando atrás la postura de una Historia científicista, se presentará una perspectiva basada en la teoría de los tropos, presupuestos fundamentales en la filosofía aristotélica⁵⁴, retomados más tarde por los estructuralistas Roman Jakobson y

⁵⁴ Específicamente, se plantean en la *Retórica* y la *Poética*.

Claude Lévi-Strauss⁵⁵. A partir de estas líneas de investigación, H. White desarrolla una teoría formal acerca de la estructura que precede al acto de configuración de las obras históricas. En este caso, el principio para reflexionar, sobre la disciplina histórica, no estará anclado a las consideraciones científicas, sino a sus componentes artísticos. Desde ellos, el objetivo de White, más allá de esclarecer e identificar las principales formas de la consciencia histórica del siglo XIX, será “establecer los elementos específicamente poéticos de la Historiografía y de la Filosofía de la Historia, en cualquier época que se practiquen.”⁵⁶

Por lo tanto, partirá de la instauración de un nivel profundo de consciencia delimitado por los cuatro tropos del lenguaje poético. A partir de éstos, que yacen en lo profundo del pensamiento histórico, el historiador podrá “sumergirse en el tempestuoso mar de la Historia”, a través de una prefiguración, que le posibilitará exponer los datos, aplicar sus teorías y finalmente, configurar una narración de la cual emergerá una representación del pasado, que le permitirá explicar y comprender “lo que en realidad estaba sucediendo”⁵⁷.

Definitivamente, durante la exposición de estos esbozos, es necesario distinguir con prudencia el contraste de los niveles de análisis, pues, la intervención de White aporta una visión, para la reconstrucción del pasado, desde el horizonte artístico; al contrario, las contribuciones de Collingwood se exponen desde el plano epistémico, es relevante y asequible la confrontación, ya que, el objetivo es mostrar como ambos, a pesar de partir de registros, fundamentos y presupuestos diferentes, llegan a confluír en un principio: en la estructura narrativa como forma predilecta de manifestación escrita, reconstrucción y representación del pasado.

Posterior a la exposición de ambas teorías históricas, quedará esclarecido, *a grosso modo*, el sustento, el proceso y las posibles consecuencias de la configuración de los relatos históricos. Justo en este punto, sobresaldrá que, tanto Collingwood como White evitan o simplemente omiten enfocarse al núcleo *mítico-mimético* que subyace en la estructura narrativa, sin mencionar, la exclusión de las cualidades de la representación histórica y de

⁵⁵ Con la finalidad de no extender la investigación, más allá de lo necesario, no me detendré en las reflexiones de estos autores.

⁵⁶ Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, trad. Stella Mastrangelo, México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 2010, p. 10.

⁵⁷ *Idem.*

la experiencia que posibilita, por ello, habrá que enfatizar y recurrir a una hermenéutica que permita aproximarse, y distanciarse a la vez, para reflexionar estos elementos en justas proporciones.

LA IDEALIDAD DE LA HISTORIA EN ROBIN GEORGE COLLINGWOOD

*Que el objeto de estudio demande el método.*⁵⁸

El origen de la reflexión de R. G. Collingwood, surge de lo cuestionable que resulta *el pasado* como objeto de estudio. Para evitarse “bamboleos o posibles naufragios”, en el “tempestuoso mar de la Historia”, recurre al establecimiento de principios sólidos y de un método rígido para fundamentar a la investigación histórica, y así, sostener la noción de un *único* mundo histórico, de esta forma, delimita la ambigüedad en la Historia.

Para Collingwood, el principal problema del pensamiento histórico comienza al contemplar a su objeto de estudio, a la manera de las ciencias de la naturaleza, a saber: *el pasado* como un objeto real. Si bien, la investigación histórica cuenta con elementos materiales que, son captados empíricamente para abordarlos desde una metodología, someterlos a verificación y a una posterior interpretación, éstas, nombradas fuentes históricas, sólo son un vínculo, no son el hecho histórico en sí mismo.

Para comprender claramente el objeto de estudio de la Historia, hay que discernir que el cúmulo de hechos que se narran como acontecimientos en las fuentes, ya han dejado de ocurrir, eso que se nombra como *el pasado* “no es real en ningún sentido. Es enteramente ideal”⁵⁹, es decir, no tiene una existencia real ni presente; sino sólo como elemento ideal del presente, y como tal, puede ser estudiado de la misma manera que cualquier otra abstracción.

En las ciencias de la naturaleza, un paradigma de conocimiento es el que procede de análisis y síntesis: exige captar, experimentar y razonar el objeto de estudio, clasificándolo y dividiéndolo en sus partes constitutivas para luego integrarlo nuevamente; esto puede

⁵⁸ M. Beuchot, *Necesidad de una hermenéutica humanística en la cultura y la propuesta de la Hermenéutica Analógica*, Conferencia en el Curso “Hermenéutica y Cultura”, Instituto de Investigaciones Filológicas, 15 de agosto de 2012.

⁵⁹ R. G. Collingwood, *Idea de la historia*, p. 494.

llevarse a cabo en la Historia, sólo si se concibe que, el objeto de estudio no es el pasado, sino el presente, pues, es el elemento real del cual parte la investigación histórica. Siendo así, el presente se considera como síntesis real de dos elementos constitutivos: pasado y futuro, y será analizado idealmente, porque es el futuro del pasado y será el pasado del futuro.

Esta noción, no implica pensar cronológicamente al presente como un punto intermedio entre el pasado y el futuro, sino como un estadio real, pues, es un compuesto de acontecimientos actuales que contiene, dentro de sí, a ambos. Debido a esto, el conocimiento que se puede adquirir del pasado, sólo será a través de la reconstrucción de una idealidad. Por ello, es imposible que la investigación histórica aspire a conocer el pasado *como realmente ocurrió*, pues “no hay hechos pasados salvo en la medida que son reconstruidos en el pensamiento histórico”⁶⁰. Este reconstruir idealmente el pasado, no parte de una acción inmediata, sino que se lleva a cabo inferencialmente. La consciencia histórica parte del presente para relacionarse con lo ocurrido, de esta forma producirá un registro deliberado y sistemático de las expresiones del pasado, y al mismo tiempo que conoce su mundo, se conocerá a sí misma.

Es decir, la reconstrucción, que se realiza del pasado, se lleva a cabo desde un acto presente de pensamiento mediante el actual estado de cosas, las evidencias con las cuales se cuentan en el presente, evitarán las caprichosas conjeturas y permitirán reestructurar los acontecimientos pasados tanto como se alcance a inferir que ocurrieron.

A partir de lo anterior, Collingwood plantea la siguiente diferenciación en términos lógicos: “el presente es lo real; el pasado es lo necesario; y el futuro es lo posible. Necesidad y posibilidad son los dos elementos abstractos que, unidos, forman la realidad.”⁶¹ Por lo tanto, el pasado como objeto de investigación puede ser abordado por un método inferencial crítico y riguroso, pues al ser de carácter necesario, no tiene el riesgo de derivar afirmaciones que no se justifiquen racionalmente de una manera válida. Mediante este planteamiento, la Historia se contempla como un todo lógicamente articulado, con una estructura de carácter necesario y una cantidad ilimitada de hechos acontecidos esperando ser reconstruidos por el pensamiento del historiador.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 497.

⁶¹ *Ibid.*, p. 504.

Al afirmar que la Historia tiene una estructura necesaria, Collingwood se refiere a que consiste en una secuencia de acontecimientos que poseen características propias y que se entrelazan sucesivamente, transformándose en su opuesto, para dar paso directa o indirectamente al presente⁶². Puesto que, “toda historia es un intento por comprender el presente reconstruyendo las condiciones que lo determinaron”⁶³, si se utiliza la fórmula planteada que implica contar con las evidencias suficientes y con la capacidad para interpretarlas, se construirá una narración histórica válida y no sólo una cronología, pues la estructura necesaria que contiene la Historia conducirá necesariamente al presente.

En resumen y en palabras de Collingwood: la Historia confluye con la Filosofía en el propósito primordial de comprender la realidad. Esta realidad, contemplada como *sólo un mundo*, “que es el que realmente existe”⁶⁴, es el presente que se constituye de dos elementos ideales, el pasado y el futuro. La realidad se presenta como un cúmulo de expresiones inmediatas e intempestivas, al ser esporádica tiene la desventaja de no poder ser objeto de reflexión, si no hasta ser objetivada o estudiada en sus abstracciones.

La Historia al estar lógicamente estructurada por acontecimientos necesarios, puede ser abordada por una metodología de análisis y síntesis para acceder al conocimiento del pasado. Es así, como la investigación histórica puede descubrir los acontecimientos necesarios, de los cuales, se derivan las situaciones presentes, y reconstruirlos idealmente en una narración.

Hasta el momento se han mostrado seccionadamente los planteamientos de Collingwood acerca del objeto y la metodología para la Historia, esto con la finalidad de distinguir como a partir del principio de la idealidad surge una metodología *ad hoc* para abordarlo. No obstante, hay que acotar que, “el pensamiento histórico y su objeto *son* inseparables; el último de ellos tiene sólo una existencia ideal en el primero y para él”⁶⁵, por lo tanto, toda metodología que aborde el pensamiento de reconstrucción del historiador, estará implicando al hecho histórico.

⁶² Collingwood evita el absurdo lógico acotando que la sucesión de los acontecimientos históricos no son de la manera: A, no-A, A, no-A, *ad infinitum*, sino que, se formalizan: A, no-A, entonces B. Siendo así, A se transforma en su opuesto, que es no-A, y ambos en su conjunto, dan paso a su opuesto que es B. Cf. R. G. Collingwood, *Idea de la Historia*, p. 507.

⁶³ *Ibid.*, p. 511.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 516.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 521. Las cursivas son mías.

Esta peculiar conexión entre el historiador y el hecho histórico, que es una idealidad reconstruida, permitirá reflexionar a ambos como uno mismo, pues los dos gozan de una estructura universal y necesaria, es decir, ambos comparten la misma ley lógica pero en distintos aspectos, a saber: si se contemplan los rasgos universales y necesarios con los cuales el historiador efectúa su reconstrucción, al mismo tiempo, se estarán visualizando los rasgos universales y necesarios que constituyen al hecho histórico.

Dicho vínculo, surge del mismo planteamiento de Collingwood, define como *ideal* a “la calidad de un objeto del pensamiento sin tener realidad; [...] un acontecimiento ideal sería un acontecimiento que fue objeto del pensamiento sin realmente ocurrir”⁶⁶; es decir, un acontecimiento pasado es ideal en cuanto existencia, pues no está ocurriendo en ningún espacio ni en ningún tiempo. Sin embargo, en el momento que el pensamiento del historiador lo reconstruye, le concede una cierta existencia en el presente, lo que tiene existencia no es el hecho histórico como tal, sino el pensamiento que lo reconstruye. Esta actualización del pasado en la realidad presente, a través de la reconstrucción ideal del historiador, denota una nueva ambivalencia que será relevante anotar, ya que, se aclarará, posteriormente, cómo la idealidad de un hecho pasado es análoga a su existencia.

Reiterando: esta reconstrucción es posible debido a que el historiador no va a recrear el hecho histórico otorgándole una nueva existencia en el presente, lo que adquiere existencia no es el hecho, sino el pensamiento acerca del hecho. Por ejemplo, cuando el historiador piensa en sor Juana Inés de la Cruz o en la cultura prehispánica Maya, no está reviviendo en sentido literal ni a la monja jerónima ni mucho menos a toda una cultura casi extinta, está reconstruyendo el pensamiento que surge de ellos a través de las evidencias con las que cuenta en el presente. De esta manera, se aclara que la labor del historiador no es recrear hechos pasados, al contrario, es reconstruir acontecimientos a través de su pensamiento para comprenderlos.

El principio de la *idealidad de la Historia* desprende la imposibilidad para que la disciplina adquiera un estatus universal en el sentido de totalidad. No puede establecerse algo así, porque la Historia no es una cantidad completa de acontecimientos, que se tornen estériles, para poder anotarlos íntegros en el gran libro de la Historia Universal, sino que, es

⁶⁶ *Ibid.*, p. 529.

“un cuerpo creciente y cambiante de pensamientos, descompuesto y recompuesto”⁶⁷ debido a la reconstrucción que elabora cada generación de historiadores.

Este principio, al igual que impide pensar en una disciplina que narre acontecimientos finitos, también evita pensar en evidencias finitas, es cierto que, el historiador realiza una selección de fuentes para reconstruir determinado hecho histórico, esta selección se elabora desde su propio contexto, bajo sus prejuicios y los principios que lo guían a reconstruir el hecho; por lo tanto, no puede pensarse que un relato histórico contenga en sí mismo la única verdad acerca de un hecho, sino sólo una verdad relativa que emerge de las evidencias con las cuales contaba el historiador, siendo así, se deja ver y se afirma un *status* de verdad y un pensamiento histórico expuesto a la mutabilidad del tiempo y del espacio.

No porque la Historia presente una verdad relativa debe menospreciarse su labor, pues cada historia que relata tiene un significado en toda la estructura. Al existir historias que narran acontecimientos, a partir de fuentes, perspectivas temáticas e históricas, y otras que surgen debido a la revisión de crónicas, anales y narraciones precedentes, el historiador no sólo se aproxima dando un único salto, sino que reconoce, explora y escudriña todas las posibles visiones acerca del mismo hecho acontecido, por lo tanto, todas las evidencias disponibles deben considerarse, pues presentan y compilan *el único y continuo movimiento del pensamiento histórico*.

Desde el punto de vista de la particularidad de la Historia, se está narrando un acontecimiento que expone un problema o un hecho histórico a partir de la perspectiva de un historiador en concreto, no obstante, puede considerarse como “universal en el sentido de que ese problema es el único problema planteado por el momento, lo único que ocupa la mente del historiador y por lo tanto, para él, es toda la historia que existe.”⁶⁸

En este punto, Collingwood expone nuevamente la ambivalencia de la cual goza la Historia, pues es particular en contenido, porque trata temas particulares y específicos; pero es universal en su forma, porque incluye la investigación precedente al tema y la vincula con la actualidad.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 547.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 558.

Esta confluencia de la universalidad y de la particularidad puede darse si se concibe que la Historia se expone en unidades narrativas. En primer lugar el historiador comienza seleccionando y pensando el hecho, a partir de él desarrolla las partes para relacionarlas con el todo, es decir, cada narración está configurada como un todo integrado por partes, a saber: cada parte, será un acontecimiento relatado, que a su vez, se encuentra integrado y relacionado en una red con otros acontecimientos que lo circunscriben. Siendo así, cada hecho que se narre, como acontecimiento, necesitará del recuento de otros hechos para completar la unidad.

Por esto, la labor del historiador se torna activa respecto a la selección del tema de investigación, en primera instancia debe contemplar el hecho histórico y todos aquellos que le permitirán obtener una visión más extensa, con la finalidad de rechazar los que no estén relacionados o que modifiquen el equilibrio de la unidad que desea reconstruir.

El siguiente paso es relacionar las partes con el todo, para ello, el historiador debe ordenar los acontecimientos de una forma cronológica, si bien, la investigación histórica contendió durante muchos siglos para disipar su equiparación con la cronología, en este punto, Collingwood refiere a organizar los acontecimientos en una secuencia temporal para exponer el proceso que refleja, ya que, cada hecho narrado es un hecho ideal que condiciona y es condición para que otros se lleven a cabo.

Considerando que el hecho histórico sólo tiene existencia en el pensamiento del historiador, no es viable considerar que la Historia esté regida bajo alguna ley causal; al contrario, la secuencia histórica no es causal, sino que, muestra las reacciones conscientes de los agentes de acción, es decir, refleja los principios o ideales que motivaron, impulsaron o guiaron a las personas inmersas en el acontecimiento. De esta manera, la tarea del historiador se traslada a descubrir los principios “ocultos” de cada acontecimiento, así puede distinguir claramente las diferencias específicas de cada periodo histórico⁶⁹ a través de comprender la diversidad de principios que los han motivado.

Debido a que la secuencia histórica no se contempla como una serie de acontecimientos, uno tras otro, sino como una simultaneidad, el historiador puede observar el desarrollo progresivo y completo de los acontecimientos ligando cada parte y su

⁶⁹ Collingwood define como *periodo histórico* a la unidad de acontecimientos que se relacionan bajo un mismo principio.

significado al todo, esto es posible, sólo cuando existe una unidad. Este desarrollo, al igual que el hecho histórico, también es ideal, se realiza con el objetivo, no de juzgar un periodo histórico mejor que otro, sino con el de mostrar el proceso gradual de las acciones, desvelando los ideales que los guiaron, para esclarecer y volver los acontecimientos cada vez más inteligibles.

Para concluir y concretamente desde el principio de *idealidad* de Collingwood: “la historia es una ilusión si significa conocimiento del pasado en su realidad e integridad”⁷⁰, por ello, hay que considerar todos los argumentos que se desprenden de dicho principio para contemplar que, la investigación histórica no puede pretender los mismos criterios de verdad que las ciencias de la naturaleza, sino unos propios de acuerdo a su objeto de estudio. Al ser el hecho histórico, de calidad ideal, reconstruido por las huellas que permanecen en el presente, el historiador tiene el “deber de interpretarlas, y no reconstruir algún pasado al que esa evidencia no lo lleve.”⁷¹

El límite es la misma evidencia, si bien el historiador no puede conocer el pasado de una manera cierta, tampoco lo conoce de una manera totalmente incierta. A través de la interpretación de las evidencias, que son su referente material, es que puede atisbar una certidumbre, pues, cada una arroja una idea del pasado que se vincula con el presente.

Según Collingwood, para interpretar las fuentes, la disciplina histórica despliega dos metodologías encargadas de manejarlas: una metodología empírica, que es la arqueología, la cual se encarga de recabar *huellas* y exponerlas a pruebas de verificación, para consideradas evidencias del pasado; y una metodología pura, que es la filosofía, ésta aporta las características universales y necesarias del pensamiento. De esta manera, distingue el pensamiento histórico de los demás, establece los cánones universales para todo método y tiene la capacidad de construir, o más bien reconstruir, una estructura narrativa del pasado que resulte inteligible.

Finalmente, y considerando la somera exposición, Collingwood erige a la Historia como un estudio respetable y universalmente necesario, al mismo tiempo, la ostenta como una de las ocupaciones más gratas de la mente humana, debido a su valor y solidez lógica.⁷²

⁷⁰ *Ibid.*, p. 575.

⁷¹ *Ibid.*, p. 576.

⁷² *Ibid.*, p. 584.

Hasta aquí quedan enunciados algunos aportes, de R. G. Collingwood, respecto a la orientación que debería regir a la Historia; al igual que su principio, sus reflexiones acerca del pasado son un conglomerado de partes, que bien, tienen sentido tanto en su individualidad como en su unidad.

A partir de éstas, emergen varias nociones y consecuencias relevantes para el camino de esta investigación, mismas que, en primera instancia, serán confrontadas con la teoría de la *metahistoria* de H. White, y posteriormente, en las conclusiones de este capítulo, serán retomadas en diálogo con la perspectiva de la Hermenéutica.

LA FICCIONALIDAD⁷³ DE LA HISTORIA EN HAYDEN WHITE

La teoría que desarrolla, el historiador y filósofo estadounidense, H. White en su texto *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* intenta esclarecer dos objetivos primordiales: uno de ellos, como el subtítulo lo indica, es identificar las formas de la consciencia histórica y su desarrollo en la Europa del siglo XIX, a partir de revelar la estructura poética que subyace a la escritura de la Historia. Este último objetivo es el que interesa retomar, ya que, por medio de él, se podrán atisbar los elementos metahistóricos, que presupone White, para fundamentar la creación, la escritura y la configuración de la Historia desde una perspectiva artística y ya no científica.

Para cumplir con dicho objetivo, no será necesario abordar los conflictos de la investigación histórica acerca de: las características de su objeto de estudio ni de los procesos metodológicos con los que realiza su labor, pues la meta no es otorgarle una justificación o un valor a la Historia para que sea considerada una disciplina científica. Siguiendo este principio y al contemplar a las operaciones historiográficas a la par de las construcciones literarias, considerando específicamente lo ficticio que resultan ser las reconstrucciones históricas, tampoco será necesario indagar sobre el carácter epistémico o su función en la cultura.

La reflexión de White surge de dos líneas teóricas confrontadas en el siglo XIX: la científica y la literaria; no obstante, se enfoca primordialmente en la perspectiva de la

⁷³ Aunque el término no está registrado en la Real Academia Española (RAE), el término está formado con el sufijo *dad* que otorga el significado de *cualidad* a los sustantivos abstractos derivados de adjetivos. Además, el término es mencionado y utilizado en textos académicos tanto por historiadores como por críticos literarios y filósofos.

ficción. Comienza por considerar a “la obra histórica como [...] una estructura verbal en forma de discurso de prosa narrativa que dice ser un modelo, o una imagen, de estructuras y procesos pasados con el fin de *explicar lo que fueron representándolos*”⁷⁴. Iniciando con esta noción, se pretende identificar a los elementos *artísticos*, integrantes de dichas narraciones históricas, y a las representaciones que surgen de ellas, para contemplar la estructura que las prefigura.

Retomando y analizando la definición de obra histórica, se observa que, para White, la representación del pasado no depende enteramente del contenido del relato histórico, sino de su forma, es decir, efectivamente, el historiador realiza una reconstrucción de hechos pasados, presentados por medio de una narración de acontecimientos, pero las *categorías* que utiliza para configurar el campo histórico y las estrategias de interpretación, que refleja en su relato, tienen una naturaleza específicamente poética.

Es relevante esclarecer y subrayar los principios de los que parte la investigación de White, para contemplar el nivel desde el cual la realiza y evitar futuras confusiones; pues al contrario de otros historiadores o filósofos, su reflexión no se dirige principalmente a procesos o estructuras superficiales, al contrario, revela una estructura profunda y fundamental para el pensamiento histórico que, será la piedra de toque para la explicación y comprensión tanto de los relatos como de las representaciones históricas.

Continuando con el análisis, y aún en un nivel superficial, White distingue que las obras históricas ostentan su explicación porque están configuradas de tal forma, que el historiador puede mediar entre el campo histórico, las fuentes de las que parten las narraciones, considerando las previas, y sus receptores⁷⁵. A partir de esta mediación, se estructuran los datos para hacerlos comprensibles.

Es importante señalar que estas estructuras no responden a espacio o tiempo, es decir, son construcciones en las que se apoya el historiador, para organizar los datos que intenta explicar, independientemente de su contexto histórico⁷⁶.

Dos de estas estructuras, son la crónica y el relato, ambas se encuentran íntimamente relacionadas, pues la crónica es la forma de ordenar temporalmente una serie

⁷⁴ H. White, *Metahistoria*, p. 14.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 16.

⁷⁶ No se expondrán exhaustivamente dichas estructuras ni los modos explicativos subsecuentes a éstas, pues, su explicación detallada, derivaría en demasiados ejemplos y acotaciones innecesarias para los fines de esta investigación.

de acontecimientos, que posteriormente, serán organizados en un relato para contemplar su desarrollo progresivo de una manera inteligible; es decir, la crónica contiene una serie de acontecimientos desarticulados, es a través del relato que adquieren una articulación mediante un entramado, cada acontecimiento registrado obtendrá una caracterización en el comienzo, medio o fin del relato y un significado dependiendo del lugar en que se posicione.

El proceso selectivo de la articulación, la posición y el significado que otorga el historiador a cada acontecimiento, es motivado por las preguntas que intenta responder, éstas son determinantes para que el historiador incluya, excluya, subordine o enaltezca ciertos acontecimientos en su relato. Al momento de tramar, al igual que en la literatura, se dispone de los acontecimientos organizándolos en una jerarquía de significación para asignarles una función explicativa dentro del relato, la diferencia aquí, es que los acontecimientos no son inventados por el historiador⁷⁷, sino que, tienen una cierta legitimidad porque son retomados de las fuentes históricas.

La operación de tramar, por parte del historiador, configura los relatos de una forma explicativa bastante convencional, al igual que, cuando un escritor crea un relato de ficción, el historiador tiende a estructurar la trama de su historia de cuatro formas básicas: romántica, trágica, cómica o satírica; estos arquetipos retomados de las contribuciones de Northrop Frye⁷⁸, además de estructurar la narración otorgándole un significado definido e identificable a la historia relatada, permite contemplar el énfasis temporal que le da el historiador al campo histórico, pues se distingue, entre las narraciones diacrónicas de las narraciones sincrónicas⁷⁹, en las primeras se pueden clasificar a las narraciones románticas y las cómicas, pues acentúan las transformaciones dentro de los procesos relatados; al contrario, en las segundas, se incluyen las narraciones trágicas y satíricas, pues indican la

⁷⁷ Se ha mencionado a la *imaginación* como una facultad fundamental para la reconstrucción del pasado, en este punto, la invención de un hecho histórico se aleja de la definición que se presentó anteriormente de la *imaginación histórica*. Cf. *supra*, “Historia sin memoria”, Capítulo I.

⁷⁸ Si bien, el texto de N. Frye se enfoca a discernir los principios y las técnicas de la Teoría Literaria, H. White aprovecha estas aportaciones para trasladarlas a la Teoría de la Historia. Cf. Northrop Frye, “Crítica Histórica: Teoría de los modos”, en *Anatomía de la crítica*, trad. Edison Simons, Venezuela: Monte Avila Editores, 1991, 1° Ensayo.

⁷⁹ La diacronía y la sincronía son perspectivas que, presentan determinado modelo de concebir los procesos en la Historia. La diacronía se inclina por presentar una evolución o un proceso continuo de los hechos históricos, al contrario, la sincronía presenta las coincidencias o diferencias de los hechos para realizar comparaciones.

permanencia, continuidad o incluso la estaticidad de los acontecimientos. Todas ellas, no son estructuras determinantes, sino que, sólo realzan una forma de representar los procesos históricos, finalmente, lo que busca el historiador es “dibujar una imagen” de lo que *realmente ocurrió*.

El historiador además de realizar una explicación por medio de la trama, a la par, construye una explicación de tipo formal basándose en estructuras lógicas, a modo del modelo nomológico-deductivo, el silogismo, etc., con las cuales desarrolla una explicación conceptual a través de una argumentación; en esta conceptualización, pretende instaurar principios lógicos que ordenen causalmente a los acontecimientos narrados de forma que se deriven por necesidad lógica. Esta forma explicativa no excluye a la explicación por la trama, ambas se encuentran imbricadas en el mismo relato, sólo que en niveles conceptuales distintos. Y por lo mismo, hay que distinguirlas, si bien, la trama otorga una coherencia formal a los acontecimientos narrados, no los considera como elementos argumentales que aludan a leyes causales dentro del campo histórico, sino que, a partir de ellos intenta representar el pasado.

H. White, siguiendo y apoyándose en Stephen C. Pepper⁸⁰, evita presupuestos que impliquen considerar que el campo histórico está sometido a leyes generales de causalidad formulando que, si bien, no se rige por principios lógicos, a la manera de las ciencias de la naturaleza, si puede explicarse desde de cuatro tipos de argumentos discursivos: formista, organicista, mecanicista y contextualista; a partir de estos paradigmas, el historiador consigue formular una explicación argumentativa.

Estas concepciones generales de la realidad, son visiones que adopta el historiador para comprender el mundo, al igual que los mencionados arquetipos de N. Frye para configurar la trama, estos paradigmas apuntan a enfoques cognoscitivos básicos, desde los cuales, el historiador aprehende el campo histórico para configurarlo en una narración.

Dependiendo de la postura argumentativa que use para explicar y configurar su relato, los acontecimientos obtendrán un significado y un valor epistémico, por tanto, al elegir la coherencia formal del mundo histórico, se involucra la noción de una comprensión del campo histórico y del conocimiento que deriva de él. Esta elección condiciona la visión

⁸⁰ Acerca de la teoría general de estos paradigmas, cf. Stephen C. Pepper, *World Hypotheses. A Study in Evidence*, Berkeley-Los Angeles: University of California, 1961, 2ª parte.

ideológica de los acontecimientos reconstruidos, pues de cierta manera, el historiador toma una postura ideológica, en el presente, al comprometerse con una concepción del mundo pasado y su conocimiento; al ser continuo el presente, del pasado que reconstruye, predetermina la comprensión y los tipos de proyectos que puede emprender para modificar o mantener su presente.

La postura ideológica del historiador, no siempre se muestra formalmente en su relato, de hecho, casi nunca es una decisión consciente, sino que, partiendo de la configuración de la trama y la argumentación de su relato, se logra identificar la consonancia con alguna ideología. Para delimitar las posturas básicas que pueden expresar los relatos históricos, White utiliza cuatro de los cinco tipos de representaciones ideológicas que formula Karl Mannheim⁸¹: anarquismo, conservadurismo, radicalismo y liberalismo. Cada una de estas posturas manifiesta un sistema de valores que refleja una forma de significar el campo histórico, al igual que, se compromete con una visión tanto epistémica como ética del mundo que relata. “Así como cada ideología va acompañada por una idea específica de la historia [...] cada idea de la historia va acompañada por implicaciones ideológicas específicamente determinables”⁸².

La mayoría de las ideologías contemplan una *idea de Historia* determinada para incitar o proponer un cambio social; dependiendo de la argumentación y la trama, de los relatos históricos, se puede visualizar una noción de estructura social y suponer el ritmo de transformación, para la posibilidad de un cambio. Por ejemplo, las ideologías conservadoras y liberales consideran que, la estructura de la sociedad es sólida, por tanto, el ritmo de cambio es lento y paulatino; al contrario, las ideologías anarquistas y radicales contemplan que, dicha estructura debe ser abolida o reconstruida para sustituirla por una mejor, por ende, el cambio debe ser inminente. Indiscutiblemente, estas ideologías aspiran a un *momento mejor*, por ello, es tan relevante la forma en que se explica la Historia, pues, el

⁸¹ Desde una perspectiva sociológica, Karl Mannheim define cinco tipos de pensamiento político: 1) el conservadurismo burocrático, 2) el conservadurismo histórico, 3) el pensamiento burgués liberal-democrático, 4) la concepción socialista-comunista y 5) el fascismo; posteriormente, estas ideologías evolucionan en cuatro tipos de mentalidades utópicas: 1) el milenarismo orgiástico, 2) la idea liberal-humanitaria, 3) la idea conservadora y 4) la utopía socialista-comunista; este recorrido, entre la ideología política y la mentalidad utópica, le funciona a H. White, para abreviar estas nociones en los cuatro tipos de implicaciones ideológicas, que enuncia en su texto. Cf. Karl Mannheim, “The Prospects of Scientific Politics” y “The Utopian Mentality” en, *Ideology and Utopia. An Introduction to the Sociology of Knowledge*, Nueva York: A Harvest Book, Harcourt, Inc., 1936, Parte III y IV.

⁸² H. White, *Metahistoria*, p. 34.

paradigma explicativo del relato orienta hacia las diferentes implicaciones ideológicas, la forma en que un relato expone y justifica las acciones del pasado incitan a tomar una postura en el presente. La intención de este punto, no es otorgarle mayor o menor valor a determinada postura, simplemente, es considerar que, la obra histórica refleja implicaciones ideológicas por medio de la configuración de su trama y de la estructura argumental que utiliza para explicar y representar los acontecimientos pasados.

Los niveles explicativos mencionados hasta el momento: crónica, relato, trama, argumentación e implicación ideológica confluyen en la pretensión de reconstruir el pasado, a través de una forma narrativa, configurando los acontecimientos coherente y consistentemente, para ostentar una concepción particular del campo histórico. La base que determina la coherencia y consistencia de la obra histórica, en general, proviene de la prefiguración del campo histórico que realiza el historiador, a saber: primero construye y delimita el terreno, agregando figuras identificables y sus relaciones internas, que son los hechos históricos; para posteriormente, interpretarlos con sus herramientas conceptuales, que son los diferentes niveles explicativos, y finalmente, representarlos.

Esta base *prefigurativa*, “es de naturaleza poética, y específicamente lingüística”⁸³. El historiador crea todo un protocolo antes de abordar el campo histórico, incluyendo los elementos que lo integran y las relaciones entre ellos; de esta manera, *traslada* lo que hay en los documentos a sus propios términos, discerniéndolos explicativamente, para la interpretación que hará de ellos en su narración.

Para figurarse “lo que *realmente* ocurrió” en el pasado [...] el historiador tiene que *prefigurar* como posible objeto de conocimiento todo el conjunto de sucesos registrado en los documentos. Este acto *prefigurativo* es *poético* en la medida en que es precognoscitivo y precrítico en la economía de la propia conciencia del historiador. También es poético en la medida en que es constitutivo de la estructura que posteriormente será imaginada en el modelo verbal ofrecido por el historiador como representación y explicación de “lo que ocurrió *realmente*” en el pasado.⁸⁴

Lo que White esta afirmando es que, a las diferentes formas explicativas del campo histórico subyace una preestructura poética para interpretar, y por consiguiente, explicar y representar los hechos acontecidos. Estas estructuras profundas de la imaginación histórica son los tropos del lenguaje poético.

⁸³ *Ibid.*, p. 39.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 40.

Estos tropos lingüísticos son la base para figurar, explicativamente, lo difuso de los datos históricos y organizarlos en configuraciones inteligibles. A partir de la metáfora, la metonimia, la sinécdoque y la ironía, el historiador prefigura las áreas de la experiencia problemáticas de aprehender, en este caso *el pasado*, para someterlas a su análisis y explicación; y así finalmente, estructurar, en términos figurativos, relatos históricos que narren los acontecimientos de la Historia.

Así pues, la función específica de cada tropo, otorga un paradigma explicativo diferente; con la metáfora se reconstruye una Historia *representativa*, de manera objeto-objeto, relacionando las semejanzas o las diferencias, traslada las cualidades de un fenómeno histórico a otro con la intención de identificarlos; con la metonimia se estructura una Historia *reduccionista*, pues prevalece una relación del tipo: parte-parte, es decir, se efectúa una distinción de los aspectos y funciones características, de tal manera, que dos fenómenos se reduzcan a la manifestación de uno solo.

Al contrario, la sinécdoque manifiesta una Historia *integrativa*, relaciona una parte del fenómeno con el todo, pues simboliza una cualidad de él como característica de su totalidad, al igual que, la noción de microcosmos-macrocosmos. La ironía se caracteriza por “afirmar de forma tacita la negativa de lo afirmado positivamente”⁸⁵ ya sea en el nivel literal o figurativo, es el uso indebido del lenguaje enfocado a obscurece más que aclarar, y a derivar en absurdos, dudas e incluso distorsiones de la percepción con la intención de que el receptor sea consciente de la incongruencia que se expresa. De esta manera, se construye una Historia *negativa*, ya que, los fenómenos no contienen las cualidades que se enuncian de ellos, tornándose en un paradigma crítico, pues la visión del campo histórico que se ostenta, no se adecua con las nociones expresadas.

Siendo así, y ante la falta de legitimar una autoridad respecto a las estrategias interpretativas de la Historia, pues, no están delimitadas sus habilidades artísticas de sus técnicas científicas; White propone partir de un terreno puro y neutro, que es su poética de la Historia, con la cual, cada historiador tenderá a desarrollar un protocolo lingüístico dependiendo del tropo que lo guíe en su investigación, comprometiéndose con una visión estética, epistemológica y ética del campo histórico.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 46.

Debido a que la prefiguración tropológica condiciona la reconstrucción del pasado, y las subsecuentes teorías explicativas, el campo histórico deviene configurado en múltiples narraciones, como todas ellas son autoconsistentes y surgen de los mismos datos, no es posible rechazar o excluir ninguna interpretación, pues todas son pertinentes; la única distinción es que tienen compromisos, implicaciones y modos discursivos alternativos.

La pretensión de White, no es generalizar o encasillar a las obras históricas como creaciones meramente literarias, sino sólo atisbar la prefiguración poética sobre la cual se estructuran, y puesto que, no existe una base teórica para favorecer una interpretación de la Historia, todas se contemplan como perspectivas posibles. “[...] estamos en libertad de concebir la ‘historia’ como queramos, así como estamos en libertad para hacer de ella lo que nos plazca”⁸⁶.

Ciertamente, la teoría de los tropos se contempla como novedosa al ser trasladada a la disciplina histórica, sus aportes son clarificadores en el nivel superficial de las estrategias explicativas: la trama, la argumentación y la implicación ideológica⁸⁷; sin embargo, al proponer una base poética de prefiguración para las obras históricas, y eliminar una base teórica que establezca algún criterio de legitimidad, queda desdibujado el referente al que apuntan las narraciones, a pesar de insistir en la consistencia de un único campo histórico, la poética de la Historia corre el riesgo de caer en equívocos insalvables.

CONCLUSIÓN

Ahora bien, antes de concluir, es necesario aclarar algunos puntos principales de las teorías expuestas hasta el momento; a partir de ellos, se podrá discernir las cualidades y las problemáticas que subyacen a la representación del pasado en ambas teorías.

En lo que respecta a R. G. Collingwood, es relevante anotar que su principio de *idealidad del pasado*, constituye una base formal para la investigación histórica, este establecimiento, es viable para comenzar un recorrido de reconstrucción, por los caminos seguros de la ciencia y la lógica para arribar a *lo que realmente ocurrió*. Sin embargo, dicho

⁸⁶ Frase que retoma H. White de I.Kant. Cf. H. White, *op. cit.*, p. 412.

⁸⁷ Es relevante anotar que dichos aportes, en su mayoría son retomados de la filosofía, la sociología y la teoría literaria, por lo que, su traslado a la teoría de la Historia, se debe contemplar con sutileza.

principio, útil tanto metodológica como epistémicamente, omite y deja de lado a la representación del pasado que surge de las narraciones creadas.

Collingwood se caracteriza por su impecable estrategia lógica para la construcción de las narraciones históricas, a partir de la afirmación de una sola realidad, de un único y continuo mundo histórico, que se estructura formal y necesariamente, deviene la concepción de su exclusividad. Es decir, la base, que es la idealidad del pasado, conducirá a construir narraciones donde la interpretación del hecho histórico tenga que proceder racionalmente; eliminando las interpretaciones que no se deriven de forma legítima de las evidencias materiales o aquellas que narren hechos históricos alternativos, que discrepen de los implicados lógicamente. Esta perspectiva unívoca para la reconstrucción de los hechos acontecidos, ostenta certeza, y a la vez, clausura a la interpretación. Resulta bastante factible partir de principios rígidos para realizar una interpretación del pasado, pues de cierta forma, se asegura un resultado fiel al método, no obstante, se descarta la apertura de narrar nuevas historias.

En el caso de H. White, ocurre lo opuesto, pues aprovecha lo difuso y falto de estructuras que es el pasado, para aventurarse a la multiplicidad de las interpretaciones. La profunda aproximación entre la Historia y la Literatura, que plasma en su teoría, imprecisa los ideales cientificistas, que pretende la investigación histórica, y termina por favorecer los presupuestos poéticos para la reconstrucción del pasado.

Al no apoyarse en una base teórica firme, apuesta por la incertidumbre de legitimar lo reconstruido por medio de la tropología; evidentemente, el historiador cuenta con límites para la configuración de su narración, por ello, debe estar consciente de la línea divisora entre lo ficcional y lo histórico. No obstante, esta perspectiva equivocista, para la reconstrucción del pasado, permite la abundancia de las interpretaciones, y al mismo tiempo, disipa el hecho histórico *tal como realmente ocurrió*.

En síntesis y a pesar de partir de principios opuestos, ambas teorías conciben explícitamente al relato histórico, en su forma narrativa, como elemento fundamental de la investigación histórica; en él, se reconstruyen los hechos de los acontecimientos pasados. Ya sea, por vía científica o poética, la narrativa se expone como una forma de discurso que logra manifestar la experiencia del tiempo abolido.

La configuración del pasado en una narración posibilita su representación, desde una reflexión hermenéutica, la narración, más allá de ser un discurso, se yergue como mediación. Esta noción permitirá tanto al historiador como al filósofo aproximarse y distanciarse lo suficiente de los presupuestos establecidos por la investigación histórica. Es bajo esta hipótesis que, la hermenéutica debe custodiar la representación del pasado.

Por último, es preciso realizar una pequeña distinción para evitar la polarización aparente entre estas dos teorías. Si bien, tanto la *idealidad de la Historia* como la *prefiguración metahistórica* sostienen una metodología opuesta, no es fehaciente clasificar a ninguna de las teorías a partir del método utilizado, al igual que, no es pertinente incluir a todos sus elementos, como la narración o la representación histórica, bajo estas únicas perspectivas. Simplemente y como primer punto, deben juzgarse prudentemente, como apunta un antiguo dicho escolástico: *Concede parum, nega nunquam et distingue semper* (“Concede poco, nunca niegues y distingue siempre”)⁸⁸, de lo contrario, se comete el error de clausurar el significado. Efectivamente, R. G. Collingwood y H. White, cada uno de ellos, ha instaurado un fundamento que se desarrolla a través de toda su investigación y logra permear los mismos conceptos otorgándoles diferentes operaciones, pero resulta infructuoso encasillar al primero como univocista y al segundo como equivocista, aunque los principios que los guían se contraponen, sobresalen matices que los enlazan.

Ahora bien, es necesario discernir desde un punto medio, desde *el verdadero topos de la hermenéutica*⁸⁹, para contemplar y distinguir esos matices. A partir de esta perspectiva, se podrá hacer hincapié en que, tanto el relato histórico como la representación del pasado, que emerge de él, no responden a catalogaciones superficiales, sino que, les subyace una ambivalencia y una tensión interna en lo profundo de su constitución, mismas que, se ostentan desde su configuración hasta en sus operaciones y funciones.

88 Mauricio Beuchot, *En el camino de la Hermenéutica Analógica*, España: Editorial San Esteban, 2005, p. 115.

89 H. G. Gadamer, *Verdad y método I*, p. 365.

CAPÍTULO III
EL RELATO HISTÓRICO COMO RECONSTRUCCIÓN HERMENÉUTICA:
EL ENIGMA DE LA REPRESENTACIÓN Y EL RETO REFERENCIAL

NOTA PREVIA

Considerando los fundamentos principales de *la idealidad de la Historia* y la *Metahistoria*, ambas teorías expuestas anteriormente, se logra contemplar la “tempestad” que prepondera en la investigación acerca del pasado humano, a saber: un “oleaje” de fluctuación entre ciencia y arte. Ante éste, “navega” la teoría de H. White, profundamente inspirada en los tropos lingüísticos, aunque los beneficios de los aportes científicos se difuminan, son patentes en la explicación histórica de dicha teoría; la evidencia se muestra en la inclusión de una estructura argumentativa, de tipo formal y conceptual, para toda obra histórica. A la par, en las contribuciones de R. G. Collingwood se percibe, principalmente, su inclinación lógica y científica, sin embargo, en los últimos esbozos de su filosofía de la Historia afirma que, “el historiador debe empezar con la idea de su obra como un todo y desarrollar cada parte en relación con ese todo [...] Notoriamente, ése es el caso de una obra de arte; y, por lo tanto, es obvio que se debe aplicar a una obra histórica en la medida en que es literatura.”⁹⁰

Esta “borrasca”, en “el mar de la Historia”, se concentra en una ambivalencia que, no sólo es conspicua al examinar las metodologías o las diferentes teorías de la Historia, sino que, se ostenta en un nivel operacional. Este nivel se distingue y desvela en la construcción de la trama, por el binomio *mythos-mimesis*, que conforma la narración; ésta al momento de configurar los acontecimientos, también presenta una “tempestuosa” confluencia. Se ha expuesto, previamente, que la narración es un elemento fundamental en la investigación histórica, por ello, será necesario discernir su composición, sus operaciones y sus funciones para afianzar su integración en la reconstrucción hermenéutica del pasado, asumiendo las posibles consecuencias y evitando los “naufragios”.

A partir de este primer paso, se continuará con los planteamientos de Paul Ricœur, en su obra *Tiempo y narración*, retomando las nociones concernientes a los relatos históricos y ficcionales, para establecer una visión de la narración desde la hermenéutica.

⁹⁰ R. G. Collingwood, *Idea de la historia*, p. 564.

Con este enfoque será posible analizar la construcción y la configuración, de las experiencias humanas, que ostentan las formas narrativas, así como, el acto de explicación y comprensión que proporcionan, además de la representación que posibilitan.

Con la narración como base, el paso subsecuente será contemplar y analizar las características de la representación histórica: discernir su origen, los recursos que despliega, su capacidad para presentar nuevamente el pasado y su hacer referencial. Para vislumbrar estas particularidades, se retomará la noción de *representación histórica* o *representancia* que formula P. Ricœur en su análisis a las operaciones historiográficas; posteriormente, esta noción se coligará con la denominada *función referencial* del relato, misma que, será enfocada a partir de la Hermenéutica Analógica. La propuesta hecha por Mauricio Beuchot, que al considerarse un modelo de interpretación regido bajo el fundamento de la *analogía* (*αναλογία*) y el principio de la *phronesis* (*φρόνησις*), será la herramienta adecuada para atisbar la tensión que prevalece tanto en los relatos históricos como en la representación y su referente.

A modo de conclusión, y en retrospectiva, se expondrá la naturaleza y se establecerán los límites del relato histórico, para confrontar los escorzos radicales y absolutos que lo empeñan en lo científico o en lo ficcional, así como, en el univocismo o en el equivocismo. Finalmente, se podrán sustentar desde un modelo analógico, los postulados que atisban al relato histórico, no sólo como un discurso que posibilita la comprensión de las acciones de los hombres del pasado, sino además, como una mediación que reconstruye *proporcionalmente* la Historia; es decir, la reconstrucción hermenéutica logra, mediante la narración, representar el pasado *tal como realmente ocurrió*, pero lo reconstruye de forma análoga e icónica, de manera tensional entre la semejanza y la diferencia.

Al finalizar este recorrido, y atisbando la referencialidad de los relatos históricos, se sospechará de esta reconstrucción hermenéutica y de la posible experiencia histórica que deviene a través de ella. La motivación será contemplar, con los ojos de Hermes, a la musa Clío más sosegada y desvelar por qué “cuando nos paramos frente al espejo del pasado: nos vemos a nosotros mismos y vemos a un extraño”⁹¹. *El principio que guía y el fundamento que inspira será atravesar ese espejo.*

⁹¹ Franklin Rudolf Ankersmit, *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*, trad. Ricardo Martín Rubio Ruiz, México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 2004, p. 68.

ENTRE LITERATURA E HISTORIA. UNA RELACIÓN PELIGROSA

Que, en efecto, no está la diferencia entre poeta e historiador en que el uno escriba con métrica y el otro sin ella [...], empero diferéncianse en que el uno dice las cosas tal como pasaron y el otro cual ojalá hubieran pasado. Y por este motivo *la poesía es más filosófica y esforzada empresa que la historia*, ya que la poesía trata sobre todo de lo universal, y la historia, por el contrario, de lo singular.⁹²

Previo al análisis de la narración, será provechosa una exploración somera a la división entre relatos históricos y relatos de ficción, la confrontación dirigirá la mirada hacia la ambivalencia, antes aludida, que integra la Historia. Esta controversia es un tópico que ha suscitado reflexiones tanto afortunadas como desafortunadas, por ello, es necesario distinguir algunos matices y establecer puntos de referencia, para evitar galimatías y descréditos de un discurso por el otro.

Dicha polémica proviene tanto de la Filosofía y de las Teorías de la Historia, como de las Teorías Literarias, cada una por su parte ha intentado discernir claramente ambas estructuras textuales para contemplar sus propiedades, no obstante, estas reflexiones también han contribuido a la confusión, e incluso a la equiparación de ambos relatos, pues algunas de ellas, exacerbaban los elementos que los integran o sus operaciones de configuración; o por otro lado, les atribuyen las mismas funciones explicativas y de representación. Ambos discursos se muestran semejantes debido a su forma operativa, pues, cuentan historias a través de relatos configurados narrativamente.

Una perspectiva que ha disipado la división entre el relato histórico y el relato de ficción, es la Teoría Narrativa o Narratología⁹³, pues al considerar al *relato* su primordial objeto de estudio, y concebirlo como “la construcción progresiva, por la mediación de un narrador, de un mundo de acción e interacción humanas, cuyo referente puede ser real o ficcional”⁹⁴, logra extender esta definición a la mayoría de las cosas que se pueden relatar:

⁹² Aristóteles, *Poética*, Introducción, versión y notas de Juan David García Bacca, México: UNAM, 2000, (Bibliotheca Scriptorvm Graecorvm et Romanorvm Mexicana), 1451 b.

⁹³ En este caso, sólo estoy considerando la definición de *relato* y las formulaciones que expone Luz Aurora Pimentel en su teoría narrativa. Estoy consciente de la magnitud de su obra y de las contribuciones que ha aportado al campo de la Lingüística y a la Teoría Literaria, no obstante, no me detendré en su perspectiva, pues interesa continuar sobre la línea de la Hermenéutica.

⁹⁴ Luz Aurora Pimentel, *El relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa*, México: Siglo XXI-UNAM, 2008, p. 10.

desde una anécdota, un cuento, hasta una gran novela o una Historia Universal. Debido a que, examinan los relatos desde el estudio de su forma y su funcionamiento: acentúan, fervientemente, la participación del narrador, pues, él es el mediador entre el relato y el mundo de acción, afirman que, *siempre hay alguien que cuenta algo a alguien*, incluso desplazan semánticamente esta noción para insertar un narrador en terrenos donde no lo hay, como en la pintura o la danza.

Igualmente, enfatizan los modos de reconstrucción basándose en “la situación de enunciación, las estructuras temporales, la perspectiva que orienta al relato, así como la indagación sobre sus modos de significación y de articulación discursiva”⁹⁵. Concluyentemente, este análisis, en principio semiológico, no logra separarse de la herencia formalista que fundó Vladímir Yákovlevich Propp con su estudio: *Morfología del cuento*; ya que, esta teoría, no realiza ninguna distinción específica entre la Historia y la Literatura, al contrario, sólo existen salvo a través de su enunciación en forma de discurso narrativo.

Una producción literaria que se ha beneficiado por la difuminación de las cualidades específicas de los relatos, son las llamadas novelas históricas, este emergente género literario presume una reconstrucción del pasado, en la cual los autores, al igual que los autores de los relatos históricos, se amparan indicando cuáles fueron sus fuentes, sin embargo, los novelistas siempre incluyen matices de ficción, pues son conscientes de no querer contar las cosas tal *como realmente ocurrieron*. A pesar de la base histórica, la invención de personajes, y en general, la configuración de lo relatado no se limita a las fuentes históricas, pues, la historia que cuentan puede o no apuntar a un cronotopo específicamente fechable y ubicable; conjuntamente, la presentación de los hechos, según las motivaciones e intenciones que el autor quiera mostrar, puede o no suspender los principios de realidad.

Este tipo de apuesta literaria resulta afortunada si se contempla desde la *hermenéutica de sí* de P. Ricœur, pues configura el pasado rompiendo o más bien abriendo las posibilidades lógicas, que proporcionan las fuentes históricas, para privilegiar las peripecias de la ficción y expresar los acontecimientos de una forma mucho más familiar. Este relato “se vale tanto de la historia como de la ficción, haciendo de la historia de una

⁹⁵ *Ibid.*, p. 8.

vida una historia de ficción o, si se prefiere, una ficción histórica”⁹⁶. Es indudable que, la trama literaria tiene mucho más libertad que la histórica, no se limita a ser fiel a las evidencias; sin embargo, lucha contra el olvido, de la misma manera, utilizando la imaginación y la fantasía para presentar historias que muestren la complejidad de los seres humanos, construyendo un vínculo con “nuestra humanidad profunda”⁹⁷.

La *ficción histórica*, en el nivel operacional, no discrepa radicalmente de los relatos históricos, ya que, ambos configuran las acciones de los hombres del pasado utilizando los mismos actos de entamar y representar, lo que se juega en esta comparación es el significado y la función referencial del relato, que a su vez, implica la veracidad de lo relatado y su relación con la realidad. Pues, si se analiza con detalle, lo que denota un relato de ficción histórica no es una concordancia con las fuentes, básicamente, porque esa no es su pretensión, no intenta reconstruir fielmente el pasado *como realmente ocurrió*, en contraste y debido a su entramado metafórico, el significado que surge no “muere” en la referencia, al contrario, se abre a nuevas representaciones⁹⁸.

En otra perspectiva, e incluyendo algunos presupuestos de las Teorías Literarias al enfoque de la Teoría de la Historia, se presenta nuevamente Hayden White borrando las fronteras entre los relatos ficcionales y los que tienen un compromiso con lo ocurrido. Asume que los relatos históricos, configurados como narración, deben ser considerados a partir de su base semiológica, es decir, como “una estructura verbal en forma de discurso de prosa narrativa”⁹⁹, logra así, instaurar una noción universal de discurso narrativo orientado a producir significados discursivos mediante la sustitución de objetos extradiscursivos que les sirven de referente¹⁰⁰. En consecuencia, White prescinde de la distinción entre discursos históricos y ficcionales, al igual que, la diferencia de sus respectivos referentes,

⁹⁶ P. Ricoeur, *Sí mismo como otro*, trad. Agustín Neira, México: Siglo XXI, 2008, p. 107.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 167.

⁹⁸ Para fines de esta mención, no ampliaré las especificidades intrínsecas del relato de ficción, ya que, algunas nociones, como la de *función referencial*, se expondrán más adelante. Acerca de la configuración del relato de ficción, cf. P. Ricoeur, “Las restricciones semióticas de la narratividad” en *Tiempo y narración II. Configuración del tiempo en el relato de ficción*, trad. Agustín Neira, México: Siglo XXI, 2011, pp.420-468; y “La narración de ficción y las variaciones imaginativas sobre el tiempo” en *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*, trad. Agustín Neira, México: Siglo XXI, 2009, pp. 817-836.

⁹⁹ H. White, *Metahistoria*, p. 14.

¹⁰⁰ H. White, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, trad. Jorge Vigil Rubio, España: Paidós, 1992, (Paidós Básica, 58), p. 12.

transformando a la narración, en “una forma de discurso que puede llenarse de diversos contenidos, por reales o imaginarios que puedan ser”¹⁰¹.

Para sostener esta última afirmación, y en el caso de los discursos históricos, White examina la representación de la realidad histórica, a partir de dividirlos en dos tipos: uno que narra, por consiguiente, que mira al mundo y lo relata; y otro que finge hacer hablar al mundo¹⁰². Este último surge de las formas no narrativas de la Historia, a saber: los anales, la crónica y la historiografía, puesto que, éstas no tienen la forma de relato, la representación de los acontecimientos se queda inacabada, pues *sin narrativa son ciegos*¹⁰³. Es por ello que, White sugiere que los discursos históricos, dispuestos como narración, alcanzan una representación de la realidad, que se muestra como historia, debido a que la trama asigna los significados a los acontecimientos, los registra en un orden temporal, no necesariamente cronológico, y los dota de una coherencia formal.

La forma poética de entramar la confusa e interminable realidad histórica expone como atractiva a la narración, primeramente, porque los acontecimientos reales no se presentan como relatos, y en segunda, porque, según White, existe un “impulso psicológico subyacente a la necesidad [...] no sólo de narrar sino de dar a los acontecimientos un aspecto de narratividad”¹⁰⁴, pues de esta forma se gratifica el deseo de representar ordenada y sistemáticamente *eso que se ha ido*, que lleva el nombre de pasado.

Las dimensiones de las anteriores reflexiones son susceptibles a ser ampliadas, no obstante, para fines de esta investigación no se aumentarán, pues el objetivo de haberlas mencionado es revelar la “raíz” de la controversia entre los relatos históricos y los de ficción, que es su origen común, a saber: el *mythos* (μῦθος). Como es sabido, tanto la Literatura como la Historia construyen, o reconstruyen, sus relatos disponiendo de las acciones humanas, ya sean efectivas o ficcionales, entramándolas y otorgándoles un orden, en un sistema coherente y concordante; sin embargo, para comprender clara y distintamente este proceso habrá que observar con detalle sus especificidades.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 13.

¹⁰² *Ibid.*, p. 18.

¹⁰³ *Ibid.*, p. 21.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 20.

Siguiendo y estableciendo como base la definición de Aristóteles: el *mythos* como uno de los elementos de la *Poética*, que es el arte de “componer las tramas”¹⁰⁵, refiere a la “disposición de las acciones”¹⁰⁶. A modo de exhortación, hay que asentar que, esta definición funge principalmente para la composición del poema trágico, conforme el avance de esta investigación, se intentará evidenciar que no es exclusivo de él.

La manera en que, el *mythos* dispone de las acciones, es a través de la *mimesis* (μίμησις), a saber: la reproducción imitativa¹⁰⁷. A diferencia de la noción metafísica de Platón, para Aristóteles, la *mimesis* no es una escueta copia que se aleja del ser, sino que, por su carácter de actividad *poiética* es un arte de composición por medio de la reproducción imitativa, es decir, es representación y ante todo de una acción —*mimesis praxeos*—. “La trama [...] es precisamente la reproducción imitativa de las acciones (μῦθος ἢ μίμησις)”¹⁰⁸, siendo esto, sobresale un correlato entre la *mimesis*, que reproduce imitativamente las acciones de los hombres, y el *mythos*, como actividad de disponer de estas acciones entramándolas en relatos.

Paul Ricœur retomará estos conceptos aristotélicos para imbricarlos en su reflexión acerca de la *distentio animi* agustiniana, y extender este modelo de construcción de la trama a las composiciones narrativas. Su análisis será benéfico, pues, a la par que presenta un modelo de narración, que dilucida la representación de las acciones humanas, implica su organización en una construcción temporal.

Aún sin desprenderse de los términos aristotélicos, P. Ricœur subraya que la narración, como legataria del *mythos*, es un modelo de representación, que opera incluyendo lo discordante dentro de lo concordante. La plenitud, la totalidad y la extensión apropiada¹⁰⁹ son los tres rasgos fundamentales para otorgar concordancia a los acontecimientos dentro de la trama; un acontecimiento se muestra como *pleno* cuando se cuenta en su *totalidad*, a saber: si tiene principio, medio y fin, de acuerdo con esta noción, se establece un límite que determina la *extensión* en la cual los acontecimientos se desarrollan lógicamente y sucedáneamente, es decir, se componen coherentemente, de manera

¹⁰⁵ Aristóteles, *Poética*, 1447 a.

¹⁰⁶ *Ibid.*, 1450 a.

¹⁰⁷ Me apego a la versión de la *Poética* hecha por David García Bacca, de esta forma, el concepto de *mimesis* evita la simpleza del verbo *imitar*. Cf. Notas al texto en castellano, iii.

¹⁰⁸ “*mythos* es *mimesis*”. Cf. Aristóteles, *Poética*, 1450 a.

¹⁰⁹ P. Ricœur, *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*, trad. Agustín Neira, México: Siglo XXI, 2007, p. 92.

que, uno sirva de consecuente a otro de manera necesaria¹¹⁰. Esta organización no alude a una construcción episódica de los acontecimientos, si no que, es un encadenamiento causal que proporciona un carácter de transición y de veracidad, concertando lo accidental y discordante de los acontecimientos dentro de una trama verosímil.

Ahora bien, es necesario considerar las contribuciones de Ricœur, que nos llegan desde Aristóteles, pues ambos conciben que, lo que integra el *mythos* no son estructuras, sino operaciones, es decir, actividades *poiéticas* que permiten representar las acciones humanas —*mimesis praxeos*— de forma que se configuren inteligiblemente. Partiendo de este principio, se puede delimitar una primera noción respecto a los relatos históricos y los de ficción; efectivamente, ambos son artefactos literarios por su función poética de configurar, narrativamente, las acciones humanas, ya sean presentes, pasadas o futuras; pero el relato histórico, al mismo tiempo, pretende que sus descripciones equivalgan a los acontecimientos ocurridos en el pasado, al contrario, el relato de ficción no tiene esa pretensión, básicamente, porque su entramado no describe, sino que redescrive la realidad.

Justo, la diferencia más tajante entre ambos relatos es su pretensión referencial; mientras que la ficción suspende el referente de primer orden, es decir, el que denota literalmente las acciones humanas y las descripciones ordinarias y convencionales, desdoblando su referencia, trasladándola a un segundo orden y dando paso a una redescrición metafórica; la Historia dirige esta función referencial hacia la concordancia con las fuentes históricas, intentando así, alcanzar una verdad que pueda ser legitimada. No es que la Literatura sea más falsa o verdadera que la Historia, sino que, al igual que sus pretensiones referenciales, ambos relatos pretenden *verdades* diferentes¹¹¹.

Ahora que se ha expuesto la controversia, la raíz común y dilucidado la diferencia fundamental, a nivel referencial, entre ambos relatos; esta investigación se redirigirá hacia el relato histórico para examinar sus especificidades, pues es evidente que, el sentido de este relato no se constriñe a su estructura narrativa, si fuera de esta manera, su pretensión de verdad se clausuraría tiránicamente, al grado de omitirla. Por ello, es innegable que, el

¹¹⁰ La noción de *extensión* está íntimamente ligada a la *distentio animi* de San Agustín, según Ricœur, esta *distentionem* posibilita una dialéctica entre el recuerdo del pasado, la atención del presente y la expectativa del futuro constituyendo una identidad de la trama en cuanto totalidad temporal.

¹¹¹ P. Ricœur, *Historia y narratividad*, trad. Gabriel Aranzueque, Barcelona: Paidós-ICE de la Universidad Autónoma de Barcelona, 1999, (Pensamiento Contemporáneo, 56), pp. 138-144.

referente ocupa un sitio esencial para la representación histórica, pues, mediante esta función, el relato histórico adquiere la capacidad de atravesar las barreras estructurales.

EL CORAZÓN DEL RELATO HISTÓRICO

Resaltando algunos conceptos: la narración manifiesta, en el entramado, una ambivalencia fundamental, que se ostenta por sus operaciones de configuración. Anteriormente, se ha mencionado al *mythos* como la operación, mediante la cual se dispone de las acciones construyendo una trama, con la característica de hacer concordante lo discordante; esta operación de entamar, sólo es posible a través de la reproducción imitativa de las acciones humanas, que para Aristóteles, es la operación de la *mimesis*.

Con la intención de elucidar el carácter temporal de la experiencia humana, problema que impulsa los tres tomos de su obra magna, P. Ricœur vincula ambos conceptos: *mythos* y *mimesis*, afirmando que, la construcción de la trama contiene un triple proceso mimético que media entre el tiempo y la narración, siendo así, la configuración de la narración no se completa sin el triple despliegue de dicha operación, pues sólo a través de *la prefiguración del campo práctico y su refiguración por la recepción de la obra*¹¹², es que, “el tiempo se hace tiempo humano en la medida en que se articula en un modo narrativo, y la narración alcanza su plena significación cuando se convierte en una condición de la existencia temporal”¹¹³.

La triple mimesis, esta propuesta ricœuriana, tiene la tarea hermenéutica de reconstruir la operación previa y posterior a la configuración del relato. De manera laxa, este proceso se despliega en: *Mimesis I*, como la prefiguración del mundo de la acción, de sus características estructurales, simbólicas y temporales, común al autor y al lector, y sirve de base para la comprensión narrativa. En esta fase, el autor escribe su obra en un contexto, que es su medio social, la cultura en la que ha vivido. Esto, como le llama Ricœur, le da una competencia, son los conocimientos previos que posee, y que lleva con él, en el momento de escribir su obra.

¹¹² P. Ricœur, *Tiempo y narración I*, p. 114.

¹¹³ *Ibid.*, p. 113.

Mimesis II, es la configuración de la trama, su función es primordialmente de integración: la disposición de los hechos o acciones en la obra narrativa para un lector. Es el eje que permite la manifestación tanto de un antes como de un después.

Mimesis III, en esta fase la lectura produce una refiguración, el lector lee y aplica el sentido que la obra tiene para él. Al leer el texto, el lector la traslada o transfiere a su propio contexto. Al hacer esto, el lector realiza una nueva configuración de la historia y de la trama, le dará un sentido a la obra, su propia lectura o interpretación, y ésta llevará consigo la competencia que el lector tenga, misma que, le ha sido dada por los conocimientos previos adquiridos en la cultura que ha vivido¹¹⁴.

Este proceso, que Ricœur denomina *arco hermenéutico*, desvela a la narración como una construcción ejecutada por el *mythos* y la *mimesis*, ambos en conjunto, a través de la integración de factores heterogéneos, efectúan una reconstrucción de los acontecimientos. De esta forma, la trama se funda como mediación, pues marca la intersección del autor y el lector a través del texto, “media entre los *acontecimientos* [...] y una *historia* tomada como un todo. A este respecto se puede decir [...] que extrae una historia sensata *de* una serie de acontecimientos o incidentes; o que transforma estos acontecimientos o incidentes *en* una historia”¹¹⁵. Con esta noción, es perceptible la diferencia operacional entre la Historia y la Literatura, mientras la segunda transforma acontecimientos en historias, el relato histórico extrae una historia de los acontecimientos.

Dicho proceso de reconstrucción hermenéutica, sólo se completa en la fase de la refiguración, es ahí, donde ocurre la recepción de la obra por el lector, ésta implica tanto comunicación como referencia: pues en la lectura se lleva a cabo la comunicación del sentido de la narración, considerando que en ella, se despliega la resignificación de las acciones humanas, que fueron presignificadas al configurarlas en la trama; y a la vez, dirige a su referencia.

La narración como “ensambladora” de sentido y referencia, se pondera como un modo efectivo, no sólo de manifestación de los acontecimientos a través de una explicación, sino como comprensión del mundo que proyecta; Ricœur a este respecto y

¹¹⁴ Para contemplar el desarrollo detallado de la propuesta de “La Triple Mimesis”, cf. P. Ricœur, *op. cit.*, pp. 115-146.

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 131.

siguiendo a Gottlob Frege, menciona que, el sentido es *lo que* dice el discurso; y la referencia o denotación es *aquello sobre lo que* se dice el sentido¹¹⁶.

Este vínculo directo entre sentido y referencia, únicamente, es determinable en los discursos que tienden a describir la realidad empírica y presente; en el caso de los discursos poéticos, incluyendo las composiciones narrativas por sus operaciones *poiéticas*, ocurre un juego debido a su entramado metafórico; pues, el sentido es trasladado a un campo semántico impertinente, ocasionando una ambigüedad, sobrellevando a que, su referencia se desdoble, es decir, el referente de primer orden es suspendido, de forma que, “de sus ruinas”, se despliegue un referente de segundo orden. Con este despliegue referencial no se pierde el sentido, sino que, se reasigna y se amplía; ya que, no sólo acontece dentro de la obra, sino también fuera de ella, por tanto, su referente es extralingüístico, pues va más allá de la estructura narrativa.

La *función referencial*, en los discursos poéticos, tiene la capacidad de referirse a la realidad, indirectamente, redescribiéndola¹¹⁷; siendo así, el lector, mediante la narración, recibe tanto el sentido como la referencia, y la posibilidad de experimentar el mundo que proyecta.

Estos planteamientos acerca de la narración y su función referencial quedan claros para los relatos descriptivos y los de ficción, a diferencia de éstos, “las construcciones del historiador tienden a ser *reconstrucciones* del pasado. A través del documento y por medio de la prueba documental, el historiador está sometido”¹¹⁸, no intenta describir ni redescibir la realidad, sino reivindicar una referencia que se centra en los acontecimientos ocurridos en el pasado, pues, *tiene una deuda de reconocimiento con los muertos*¹¹⁹.

Como se ha mencionado, y a pesar de las confrontaciones, ambos relatos coinciden operacionalmente en su trama, pues contienen el mismo núcleo *mítico-mimético*; en el caso de los relatos ficcionales, su entramado metafórico forja un pacto entre el autor y el lector suspendiendo las expectativas de cualquier descripción de la realidad; por el contrario, el entramado de los relatos históricos establecen una promesa con el lector de “representar en

¹¹⁶ P. Ricœur, *La metáfora viva*, trad. Agustín Neira, Madrid: Ediciones Cristiandad-Trotta, 2001, p. 288.

¹¹⁷ Cf. P. Ricœur, “Estudio VII. Metáfora y referencia”, en *La metáfora viva*, pp. 287-336.

¹¹⁸ P. Ricœur, *Tiempo y narración III*, p. 837.

¹¹⁹ *Ibid.*, p.838.

verdad las cosas pasadas”¹²⁰. Esta intencionalidad histórica de reconstruir el pasado se muestra de inicio a fin en los procesos de la investigación histórica, desde la escritura de los hechos y su paso a través de los diferentes modos explicativos, hasta su articulación en una representación.

Siguiendo los postulados de P. Ricœur, el relato histórico insta un compromiso epistémico, siendo la escritura la primera piedra del camino hacia el conocimiento histórico, cuando se aleja de la memoria y decide “correr la triple aventura de la archivación, de la explicación y de la representación”¹²¹, pues “es evidente que nadie consulta un archivo sin proyecto de explicación, sin hipótesis de comprensión; y nadie intenta explicar un curso de acontecimientos sin recurrir a una configuración literaria expresa de carácter narrativo”¹²².

Por ello, los principios epistémicos, que sigue la investigación histórica, se basan en tres elementos constitutivos: *la escritura*, como fuerza testimonial, contrarresta el olvido inscribiendo la memoria en documentos, a ella se debe la formación del archivo histórico en donde se verifica y valida el testimonio a través de su confrontación con otros; asimismo, *el documento*, como recurso que expone los modos de encadenamiento, es la estructura explicativa de los acontecimientos y el encargado de desplegar el imaginario histórico que circunscribe los objetos referenciales; finalmente, *la representación*, por su capacidad de *poner ante los ojos*¹²³, es el compendio del conocimiento histórico y el reflejo de su intencionalidad, más allá de ser el culmen de este camino, es el *umbral* entre la epistemología y la ontología en la Historia¹²⁴.

Como primer paso hacia la representación del pasado, la escritura literaria de la Historia, es decir, configurada como narración, despliega sus recursos operacionales basándose en el núcleo *mítico-mimético* que la funda. Por medio de este binomio

¹²⁰ P. Ricœur, *La memoria, la historia, el olvido*, p. 180.

¹²¹ *Ibid.*, 181.

¹²² *Ibid.*, 180.

¹²³ “*prò ommátōn poieîn*”. Cf. Aristóteles, *Retórica*, Intro, trad. y notas de Quintín Racionero, Madrid: Gredos, 1990, (Biblioteca clásica gredos, 142), 1411 b, 24.

¹²⁴ Con excepción de la *Representación histórica*, no se desarrollarán los elementos de la operación historiográfica, ya que, la propuesta ricœuriana para consolidar el conocimiento histórico, se extiende a diversos campos de la investigación histórica y despliega implicaciones que modificarían el curso de la presente investigación, además, en la segunda parte del texto de Ricœur, ya se encuentra un análisis detallado de dichos procesos. Cf. P. Ricœur, “Historia/Epistemología” en, *La memoria, la historia, el olvido*, pp. 177-376.

operacional y trasladándolo a las operaciones historiográficas, se observa que, la coherencia narrativa y la conexión causal¹²⁵, ambas, como elementos del *mythos* apoyan principalmente el acto de explicación y comprensión, ya que, persuaden al lector para que considere a una historia como probable o verosímil; dicha persuasión, al igual que la explicación y la comprensión, se lleva a cabo en un nivel narrativo. El historiador, a través de las estrategias retóricas, configura un imaginario, que hace verosímil su relato, ciñendo a la función referencial al campo semántico del pasado. De esta forma, se sostiene que “comprender un relato es por ello mismo explicar los acontecimientos que integra y los hechos que relata”¹²⁶. Continuando con los términos ricœurianos, *la trama como síntesis de lo heterogéneo*¹²⁷ articula la estructura interna del relato y los acontecimientos, es decir, la explicación durante la narración se convierte en condición de posibilidad para mostrar el acontecimiento.

Contemplando este camino epistémico, el *corazón* del relato histórico, si se permite la metáfora, se funda en su trama, ésta, motivada por la intencionalidad histórica, despliega sus operaciones historiográficas y *poiéticas* en función de representar una realidad, que si bien, no es empírica ni ficcional, por medio de su constante “pulsión” referencial apunta a lo que algún día fue *real*. En este sentido, se contempla al documento histórico, dispuesto como narración, como el recurso que posibilita una representación, que en última instancia *dará que ver*, es la encargada de evocar el pasado.

En este punto, es necesario anotar la diferencia de niveles en los que se despliega la intención histórica de representar el pasado; primeramente, la investigación histórica desarrolla sus operaciones historiográficas, con el objetivo de afianzar su representación en correspondencia con las fuentes; esta pretensión dirige la función referencial, del documento histórico, a cumplir con la exigencia de la noción de verdad por correspondencia o adecuación. A partir de este presupuesto epistémico, la investigación histórica, en relación con otras ciencias, ambiciona y aspira validar su conocimiento. No

¹²⁵ Acerca de la *coherencia narrativa* y la *conexión causal*: son las mismas nociones, propias del *mythos*, integrantes del proceso de configuración narrativa que “organiza la discordancia de las acciones en una concordancia, a través de sus rasgos de plenitud, totalidad y extensión”. Cf. *supra*, “Entre Literatura e Historia. Una relación peligrosa”; además, P. Ricœur, *Tiempo y narración I*, p. 92; y Aristóteles, *Poética*, 1450 b-1450 a.

¹²⁶ P. Ricœur, *La memoria, la historia, el olvido*, p. 319.

¹²⁷ Ricœur considera a la trama, como la combinación de factores heterogéneos, por su operación de integrar la *concordancia-discordancia* y los *caracteres temporales* en una misma configuración. Cf. *supra*, mención del “arco hermenéutico”; y P. Ricœur, *Tiempo y narración I*, p. 132.

obstante, al intentar representar un pasado, que se considera *real*, la función referencial encuentra su límite en las estructuras narrativas, por ello, para representar una realidad que *ya no es, pero fue*, tendrá que traspasar la frontera epistémica y solucionar el estatuto de existencia, a nivel ontológico, de ese pasado que “palpita” ausencia.

De esta manera, a nivel epistémico y estructural, la representación del pasado se consume debido al objetivo intencional de las operaciones historiográficas; en primera instancia, a través de estrategias explicativas, se limita a comunicar el sentido, por lo tanto, el referente se ajusta al imaginario histórico desplegado por dichas estrategias. Sin embargo y como se anunció, la representación histórica debe poder franquear esta barrera, pues constituye una operación, que en sí misma, “tiene el privilegio de hacer emerger el objetivo referencial del discurso histórico”¹²⁸, no sólo a nivel narrativo, sino icónicamente a través de concebirse como una *huella*.

Después del examen, tanto a la configuración de la narración como específicamente a los relatos históricos, corresponde resolver o mínimamente atisbar con prudencia, no tanto una solución, sino una propuesta para que la representación histórica sea restituida como *una huella presente del pasado*, así como, su referente sea rescatado de la clausura de las estructuras; y finalmente, contemplar a ambos en sus dimensiones justas.

EL REFERENTE BAJO EL SIGNO DE LA ANALOGÍA

A modo de cierre y apertura, se retomarán los dos principios que anuncia el título de este capítulo, para esclarecer las dificultades que ostenta: el enigma de la representación histórica y su reto referencial, ambos serán atisbados, a partir de los planteamientos de la Hermenéutica Analógica, mediante la noción de analogía e icono.

Para ello, resulta necesario comenzar con una vista sinóptica del camino recorrido, comenzando por la concepción del relato histórico como: una construcción narrativa, que se distingue por la operación de disponer de los hechos —*mythos*—, a través de la reproducción imitativa —*mimesis*—. Esta construcción se establece como síntesis de lo heterogéneo, pues, integra en una misma operación a la coherencia y a la conexión causal, ambas en conjunto, producen una explicación y una comprensión; consecuentemente,

¹²⁸ P. Ricœur, *La memoria, la historia, el olvido*, p. 313.

ofrecen sentido al relato, que por sí mismo, es ya una interpretación y una representación del pasado.

Por la comunicación del sentido, la representación emerge del relato histórico, con el apoyo de la función referencial; ahora bien, tanto ésta como la capacidad de representar el pasado, son operaciones motivadas por la pretensión de verdad que ostenta la investigación histórica, misma que, se centra y dirige a la reconstrucción de los hechos acontecidos tal *como realmente ocurrieron*.

Para lograr esta aspiración, el relato histórico se constituye y sustenta tanto de las operaciones historiográficas como de las *poiéticas*; por un lado y acorde a la noción de verdad por correspondencia o adecuación, legitima la historia que relata, sometiendo el documento a la demanda de validación de la prueba documental, así y por pertenecer al ámbito epistémico, el conocimiento de la investigación histórica ejerce una atestación de verdad acerca del pasado; por otro lado, la persuasión que realiza el historiador en la trama de su relato, mediante las figuras retóricas, traslada al lector de una legibilidad, dada por la narratividad, a una visibilidad del acontecimiento, de forma que, la historia narrada logra mostrarse como una *representación sensible*¹²⁹.

Antes de proseguir, es necesario acotar la noción de representación, y aún más, la de representación del pasado, en medida que se limiten, se establecerá un confín para la función referencial. Partiendo por la vía negativa: la *representación* no se concibe como simple apariencia, copia o mera manifestación material de un fenómeno; consecuentemente, no significa exposición, exhibición o mostración, ni a nivel lexical ni semántico; más bien y de forma alegórica: la representación participa de la propiedad del dios olímpico Hermes, es mediadora, traspasa las fronteras, y por medio de la contemplación, conduce de un fragmento al todo.

Asimismo, la *representación histórica* comparte estas características y, específicamente, se despliega en la noción, acuñada por P. Ricœur, de *representancia*¹³⁰. La función de *lugartenencia*, que atesta dicha noción, permite concebir a la representación

¹²⁹ Cf. *infra*, “poner ante los ojos”.

¹³⁰ Ricœur postula este elemento, como *el nombre de un problema tomado como solución*, tiene una larga historia que va desde su origen en la noción romana de *repraesentatio* hasta su traducción como *Vertretung*; concepto que adquirió un fuerte significado en la teoría gadameriana de juego y esencial para sostener la ontología en la obra de arte. Cf. P. Ricœur, *Tiempo y narración III*, p. 837; y *La memoria, la historia, el olvido*, p. 374; además, H. G. Gadamer, *Verdad y método I*, pp. 129-154.

histórica como suplencia, es decir, como la “presentación” de las acciones “ausentes” de los hombres del pasado. La *representancia* se articula, fundamentalmente, en el movimiento interno incitado por las figuras retóricas, que va de la legibilidad a la visibilidad; primordialmente, se basa en la metáfora, que por su función analógica, logra percibir las semejanzas, crea una imagen y la *pone ante los ojos*¹³¹. De esta forma, la representación de los hechos acontecidos, a través de la metáfora por analogía o proporción¹³², privilegia la estructura narrativa y la transforma en un icono capaz de representar el pasado; al tratarse de la presentación de una imagen que refiere a una realidad ausente, dicho traslado no sólo es a nivel lingüístico, sino ontológico, pues, crea un puente hacia un pasado *real*, que si bien, “se dice que [...] ya no es, pero fue”¹³³.

Debido a que, el significado del relato histórico es analógico-icónico, pues, “designa varias cosas de manera en parte igual y en parte diferente, predominando la diferencia”¹³⁴, su valor icónico no debe sobrestimarse ni subestimarse, sino ajustarse a las proporciones que, el mismo significado icónico comprende, a saber: un sentido hermenéutico y una referencia ontológica, a través del primero es posible arribar a la segunda. El referente *apunta hacia algo que se oculta pero también se manifiesta*¹³⁵, ya que, no ostenta constituir un modelo exacto del pasado, sino solamente mantener una relación de semejanza a través de la reconstrucción de esa realidad¹³⁶.

Partiendo de este planteamiento, la representación, que emerge de un relato histórico, puede correr la fortuna o infortuna de constreñirse a su nivel estructural clausurando el sentido, es decir, la misma estructura narrativa, que realiza el historiador bajo sus estrategias retóricas¹³⁷, cierra internamente la narración y dirige la referencia intratextualmente dentro del imaginario histórico. En esta trayectoria, R. G. Collingwood

¹³¹ Acerca del *representar sensiblemente* de la metáfora por analogía, cf. Aristóteles, *Retórica*, 1411 b, 25; y P. Ricœur, “Estudio VI. El trabajo de la semejanza”, en *La metáfora viva*, pp. 233-286.

¹³² Aristóteles, *Poética*, 1457 b.

¹³³ P. Ricœur, *La memoria, la historia, el olvido*, p. 374.

¹³⁴ M. Beuchot, *Tratado de hermenéutica analógica. Hacia un nuevo modelo de interpretación*, México: UNAM, FFyL-Editorial Itaca, 2009, p. 33.

¹³⁵ *Ibid.* p. 194.

¹³⁶ Cf. P. Ricœur, “La realidad del pasado histórico”, en *Tiempo y narración III*, pp. 837-863.

¹³⁷ Lo que en la teoría de H. White se contempla como la estructura profunda, basada en los tropos lingüísticos, de cual parte el historiador para configurar su narración, cf. “Introducción: La poética de la Historia”, en H. White, *Metahistoria*, p. 40. O bien, los criterios lógico-científicos de Collingwood para la reconstrucción de las historias basándose en la idealidad de los acontecimientos, cf. R. G. Collingwood, “Esbozos de una filosofía de la historia (1928)”, en *Idea de la historia*, p. 517.

presenta una fuerte inclinación a dicha noción, para él, el pasado debe reconstruirse tomando en cuenta que, existe un *único mundo histórico*, por ende, los relatos que estructura y argumenta el historiador deben estar apegados a dicha atestación unívoca; de lo contrario, el relato o no cumple con los criterios científico-epistémicos que instaura la investigación histórica, o bien, es digno de sospecha, por contener propósitos tendenciosos e intenciones dirigidas a subvertir el mundo establecido por la Historia. Por lo tanto, el relato histórico se ciñe a representar un significado unívoco y deviene autorreferencial.

Como se acotó anteriormente, el nivel estructural, al construir una trama con base en las figuras retóricas, promueve la traslación de la legibilidad a la visibilidad, estableciendo una piedra de toque para franquear el confín de lo epistémico. Sin embargo, si la base no es firme, se corre por el camino de la imprecisión, se ha atestiguado con H. White que la exacerbación de estas figuras del lenguaje, o tropos lingüísticos, pueden debilitar la frontera entre lo histórico y lo ficcional, al grado que, “de un plumazo *se borren* las milenarias pretensiones de verdad que manifiesta la Historia, que no son totalmente iguales o sinónimas a las literarias”¹³⁸. El mayor riesgo se corre por la función referencial y la capacidad extratextual de los relatos de ficción, pues, la persuasión poética permite construir una representación “fantasiosa”¹³⁹, situando una imagen del acontecimiento frente al lector, ganando proximidad a través de una *ilusión referencial*, lo que termina conduciéndolo a un efecto de realidad. El problema no es la proximidad o distancia que el lector toma acerca del hecho, sino la confusión de la representación histórica con el acontecimiento mismo.

Entre las técnicas de investigación y los procesos críticos, ambos fundamentales para legitimar el relato histórico, la representación se evanesce, en medio de la clausura científica-estructural y la persuasión poética del hacer creer, perdiendo el referente en el intento de “despertar” el pasado.

Ante la bifurcación de la investigación histórica, es necesario atisbar el enigma de la representación del pasado, desde un *topos* que conceda tanto aproximarse como

¹³⁸ María Rosa Palazón, “Amasiato y divorcio entre historia y literatura (anotaciones comparativas)”, en *Literatura Mexicana*, Vol. XV, Núm. 1, 2004, p. 8. Las cursivas son mías.

¹³⁹ Dicho planteamiento tiene su base en la construcción retórica de un relato acompañada por la noción de confianza, entendida por Aristóteles, como el exceso de valor. Cf. Aristóteles, *Retórica*, 1383 a, 17.

distanciarse, que no “ahogue” el referente y permita “navegar”, sin “naufragios”, en “las tempestuosas aguas de los mares de la Historia”.

Anticipada por M. Bloch y retomada por P. Ricœur, la noción de *huella* se establecerá, en este punto limítrofe, ejerciendo la función de *lugartenencia*, al igual que la noción de *representancia* y desde la hermenéutica, tendrá un significado analógico-icónico al concebirse como “la marca que ha dejado un fenómeno y que nuestros sentidos pueden percibir”¹⁴⁰, es decir, es “aquello que vale por”¹⁴¹.

En el nivel epistémico, el valor de la huella histórica ha sido ocultado por las operaciones historiográficas, ya que, al considerarla simplemente como documento o prueba, no apunta más allá de ser una garantía del pasado; no obstante, por su operación de reproducción imitativa —*mimesis*— tiene la capacidad de denotar indirectamente, a través de su “pulsión” referencial, eso que *ha sido*, pues “no es presencia cabal ni completa ausencia”¹⁴².

De esta forma, la noción de *representancia* y *huella* se vinculan, a través de la metáfora por analogía, pues ambas reconstruyen el pasado proporcionalmente de modo analógico-icónico, a saber: supliendo, en una relación de semejanza, la ausencia por la presencia. En este curso de ideas, la metáfora se privilegia por provocar o evocar imágenes que fusiona con el sentido, desplegando la iconicidad propia de éste, es decir, *el sentido se desarrolla en imágenes*; la metáfora posibilita no sólo la apertura del “lado de lo imaginario, lo abre también del lado de una dimensión de realidad que no coincide con lo que el lenguaje ordinario expresa”¹⁴³; particularmente, bajo el signo del pasado, abre la dimensión a una realidad ocurrida, que *palpita y se evanesce*.

El *icono histórico* representa una realidad abolida, “pero nadie puede hacer que no haya sido”¹⁴⁴, mantiene una relación de semejanza con la construcción, que siempre es una reconstrucción, de los acontecimientos, misma que, sólo se despliega durante el acto *refigurativo* de la lectura, es ahí, donde el lenguaje y el pensamiento se fusionan reconstruyendo el pasado, a través de la operación analógica de *ver como*, de la metáfora, y la pretensión histórica, de contar los hechos tal *como* ocurrieron.

¹⁴⁰ M. Bloch, *Introducción a la historia*, p. 58.

¹⁴¹ P. Ricœur, *Tiempo y narración III*, p. 862.

¹⁴² M. Beuchot, *Tratado de hermenéutica analógica*, p. 186.

¹⁴³ P. Ricœur, *La metáfora viva*, p. 281.

¹⁴⁴ P. Ricœur, *La memoria, la historia, el olvido*, p. 374.

CONCLUSIÓN

Para esclarecer el camino recorrido, y situando algunos elementos de esta investigación bajo un modelo analógico, es posible sostener que, tanto el relato de ficción como el histórico, por su estructura narrativa, comparten una configuración tensional *mítico-mimética*, mas no, las mismas pretensiones, ni sus sentidos dirigen a los mismos referentes. Los relatos de ficción, habitualmente, narran historias con significados no literales, apuntando a una verdad, que no es necesariamente científica, dirigiendo el referente hacia “otro mundo”, pues, refiguran el mundo de la *praxis*, diciéndolo de otra manera. Por otro lado, los relatos históricos, si bien, se entranan poéticamente, no pierden autoridad ante las ciencias que ostentan un conocimiento verificable; durante su desarrollo, la investigación histórica ha logrado instaurar criterios, reglas y pruebas epistémicas para legitimar sus operaciones historiográficas, y así, atestar un significado y un referente verosímil, proporcional al mundo que refiguran.

Analizando la distinción anterior, y debido a que, el primero se inclina a manifestar un significado diferente, considerando la multireferencialidad de los tropos lingüísticos que lo integran; y el otro, expresa preferentemente un significado semejante, motivado por la intencionalidad de concordar con las fuentes históricas, no es razonable catalogar a estos relatos a partir de sus elementos, métodos o significados, ni mucho menos, postularlos como polos contrarios. Con P. Ricœur se ha atestiguado que, existe una intersección y que ambos son necesarios para la alcanzar una plena significación de la experiencia humana. A favor, postula un entrecruzamiento, en el cual, la Historia y la Ficción se implican mutuamente, pues, la confluencia e intercambio de sus operaciones construyen una “estructura fundamental, tanto ontológica como epistemológica”¹⁴⁵, que refigura el tiempo, haciéndolo humano, y plasma la intencionalidad de cada uno de los relatos¹⁴⁶. Por ello, y a pesar de los escorzos absolutos que los separan tajantemente, es prudente resaltar las diferencias y las semejanzas, que se observan en las operaciones, y que cada uno despliega para concretar sus pretensiones.

Específicamente, el relato histórico presenta una tensión configurativa, pues, está constituido tanto de operaciones *poiéticas* como historiográficas; las primeras se evidencian

¹⁴⁵ P. Ricœur, *Tiempo y narración III*, p. 902.

¹⁴⁶ Cf. P. Ricœur, “El entrecruzamiento de la Historia y la Ficción”, en *Tiempo y narración III*, pp. 901-917.

en la configuración poética-retórica de la trama, y las segundas, se revelan por la estructura argumental y conceptual, que la investigación histórica instauro como criterio de veracidad. A partir de ellas, se logra efectuar la persuasión y se cumple con la pretensión de verdad a la que aspira. Ambas operaciones, se conjuntan para sacar “a flote” una representación del pasado, enfocada y dirigida a reconstruir una realidad que ocurrió, que a la par, tenga correlación con las fuentes históricas, y de esta forma, atestar dicha representación *como un hecho verosímil*.

Esta intencionalidad guía a la función referencial, del relato histórico, hacia una realidad que no tiene existencia presencial ni es perfectamente comprobable, por ello, es necesaria la noción de *icono*, pues, su analogicidad posibilita el traslado hacia esa realidad ausente. Debido a que, el sentido del relato se expresa en *imagen*, particularmente, concebida y acotada como *representancia* o *huella*, se recurre, como puente ontológico, a la función metafórica del entramado, ésta coliga la imagen, creada por la imaginación histórica, y el referente, que apunta al acontecimiento tal *como* ocurrió.

La *representancia* y la *huella* operan, a través de la función referencial, de un modo analógico-icónico, pues consiguen “poner ante los ojos” una ausencia. Justo esa reconstrucción, es lo que posibilita la percepción de un pasado que se ha ido, con ello, no se reconstruye cabalmente el acontecimiento histórico, pero tampoco se construye una copia o una falsa imitación de las acciones de los hombres del pasado.

La noción de icono que desarrolla Mauricio Beuchot, con base en los planteamientos de Charles Sanders Peirce, permite establecer un atisbo analógico-icónico a la representación histórica, y concebirla como una operación capaz de presentar un pasado *real* pero ausente, por medio de su “pulsión” referencial, que no sólo apunta, sino que conduce.

Es decir, nos da un sentido y nos conduce a una referencia que, aun cuando nunca la alcanzamos ni la comprendemos plenamente, existe, se da, se ofrece. Algo hay; apunta hacia algo, algo que se nos oculta, pero que también se nos manifiesta, aunque sea apenas, de manera callada, de manera casi escondida, mas, en todo caso, suficiente, cual es la condición de lo analógico¹⁴⁷.

¹⁴⁷ M. Beuchot, *Tratado de hermenéutica analógica*, p. 194.

Asimismo, es factible reconocer a la función referencial, de los relatos históricos, como analógica-icónica, pues, conduce mediante una semejanza a algo muy distinto a lo percibido por los sentidos. Franqueando las barreras lingüísticas y los niveles epistémicos traspasa, mediando analógicamente, a los ontológicos; desliza a la posibilidad de experimentar una realidad ausente.

En este curso de ideas, la representación histórica, fundamentada como icono, conduce a una referencia, igualmente, icónica. “En la Historia, el sentido es lo que el hombre puede comprender acerca de la significación de los hechos históricos”¹⁴⁸, y a la vez, comprenderse a sí mismo. A nivel ontológico, la realidad que despliega, el sentido de los relatos históricos, no adquiere un significado de “real” pero tampoco de “irreal”. El referente, “en la Historia, son los hechos que se narran”¹⁴⁹, y como tal, es imposible asirlos, sólo a través de la mediación de la analogía, es verosímil presentar esa ausencia.

El referente de los relatos históricos, bajo un modelo analógico-icónico, se despliega en las tres clases de la *analogía*, es decir, de forma *desigual*, *atributiva* y *proporcionalmente* de manera propia e impropia; pensando las divisiones del *icono*, y de una forma parecida, se distiende en *imagen*, *diagrama* y *metáfora*. Una reconstrucción hermenéutica enfocada a la Historia, que tenga como horizonte la analogía y el icono, considera al referente como *imagen*, a saber: no como una copia exacta, pues no es una calca íntegra, sino como una reproducción imitativa que “pone ante los ojos”, sólo *proporcionalmente*, de manera aproximada pero también distinta. Si bien, contiene *desigualdad* por ser análoga, se corresponde *atributivamente* porque presenta cualidades que se acerca al hecho acontecido. Representa semejanza y diferencia a la vez.

Asimismo, el referente como *diagrama*, como el “signo icónico metonímico por excelencia”¹⁵⁰, refleja la totalidad en un fragmento, es decir, debido a su modo de corresponder la parte con el todo, guarda una relación de semejanza proporcional con el hecho representado y remite de un fragmento a ver la totalidad. Del mismo modo, el referente como *metáfora*, como analogía de proporción impropia, representa un hecho aunque de forma muy diferente a lo percibido, lo dice de otra forma.

¹⁴⁸ M. Beuchot, *Hermenéutica analógica y filosofía de la historia. Del fragmento como símbolo del todo*, México: UNAM, FFyL, 2011, (Seminarios), p. 121.

¹⁴⁹ *Ibidem*.

¹⁵⁰ M. Beuchot, *Tratado de hermenéutica analógica*, p. 186.

En este punto es ostensible que, el referente de los relatos históricos se distiende y coincide con los modos de la analogía y del icono, lo que permite aproximarse y a la vez distanciarse del hecho reconstruido, este espacio analógico “que es de nadie y es de todos”¹⁵¹ tiene un límite, que es la misma analogía, por ello, el hecho histórico reconstruido como imagen, diagrama o metáfora siempre se representará de forma aproximada, intermedia y alejada.

La *phrónesis*, como *sabiduría práctica* y realización de la analogía, se situará en este punto limítrofe para custodiar la reconstrucción del pasado, permitiendo que la consciencia histórica, formada hermenéuticamente, obtenga el horizonte propicio para comprender las acciones de los hombres del pasado y a la vez comprenderse a sí misma. El juicio reflexivo, de la *phrónesis*, posibilita tanto la comprensión como el desplazamiento de lo particular a lo general, elabora una situación hermenéutica que, a pesar de la estrechez del horizonte, lo amplía y permite su apertura para vislumbrar el pasado en sus justas medidas.

Finalmente, la Hermenéutica Analógica, “como ideal de equilibrio, de *phrónesis* o prudencia, y de proporción”¹⁵², no pretende imponerse, si bien, la Historia sufre los “jalneos” de los modelos científicos y los poéticos, “desgarrándose” entre la univocidad y la equivocidad; la analogía no “fustigará” esta tensión, sólo establecerá límites para contemplar una reconstrucción del pasado más justa, proporcional a sus dimensiones, aclarando un horizonte, que permita aproximarse y distanciarse lo suficiente para atisbar esa lejana realidad, ausente e inconclusa.

Por último, la tensión entre la semejanza y la diferencia no implica un desconocimiento o ignorancia del pasado en su totalidad, sino que, el conocimiento que se adquiere es de la misma índole, analógico; si bien, no es directo o pleno, irrumpe en lo “borrascoso, claroscuro y tempestuoso del mar de la Historia” y más allá de hacer pensar o imaginar el hecho, la musa Clío, de la mano de Hermes, posibilita escucharlo, tocarlo y verlo, en general, sentir esa realidad “palpitante”, que no es cadáver, polvo, sombra o nada, más bien, es una presencia que está ausente.

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 188.

¹⁵² *Ibid.*, p. 198.

El hecho histórico contemplado como *representancia* o *huella* del pasado, desde un modelo analógico-icónico, es un *phármakon* tanto para la memoria como para la Historia, pues rescata y conserva, de la “rapacidad” del tiempo, los significados perdurables. “Lucha” contra el olvido, pues, su deber es no olvidar. De esta manera, protege el pasado y el futuro del ser humano. *Es la imagen de un hechizo, que desgarrar el tiempo y que aprisiona la Historia.*

CONCLUSIÓN GENERAL

[...] pues a ti sólo te es dado
 hacer que sea presente lo pasado,
 pues resucitas en tu estimativa
 de la ya muerta gloria, imagen viva,
 guardando en sus mentales caracteres,
 las cosas que tener presentes quieres,
 ya está aquí a tu mandado,
 el volumen del tiempo que ha pasado.¹⁵³

Finalmente, y para terminar este recorrido, aclararé algunos términos y conceptos que, quizá, no se hayan distinguido patentemente o que su significado se haya “diluido” durante el trayecto. Para esto, en analogía con los tiempos experimentables por el ser humano, según la *distentio animi* de san Agustín, desarrollaré una explicación sucinta con el objetivo de “disipar la obscuridad” y acotar los elementos que, aparentemente, se perciben como imprecisos o inconsistentes, además de desmitificar algunas metáforas que he sostenido a lo largo de este camino.

Retomo las nociones agustinianas, no con el objetivo de redimirme al desplegar nuevas explicaciones, que amplíen o redirijan la orientación de los significados, ni mucho menos para emanciparme de las controversias expresadas; sino con la finalidad de posibilitar una dialéctica entre el recuerdo del pasado, la atención del presente y la expectativa del futuro para constituir una coherencia y una consistencia que otorgue unidad e identidad al entramado de esta exploración.

Honestamente, esta pesquisa sobre el referente de los relatos históricos, al contrario de ser una construcción, más bien, es una reconstrucción; pues, en sentido amplio, no está edificándose de la nada, sino que, está imbricada en basamentos firmes erigidos previamente. No obstante, efectivamente, está disponiendo una infraestructura y un proyecto futuro. Los tres andamiajes que sostienen esta investigación, a saber, los tres capítulos que la constituyen, son sustentados por dos disciplinas principales: la Historia y la Hermenéutica, ambas son el cimiento de la propuesta que he ostentado.

¹⁵³ Diálogo alegórico donde, *el tiempo pasado* explicita la función de *la memoria*. Cf. Juana Inés de la Cruz, “Loa a los años de la reina nuestra señora doña María Luisa de Borbón”, en *Inundación Castálida*, Edición, introducción y notas de Georgina Sabat de Rivers, Madrid: Castalia, 1982, (Colección Clásicos Castalia), [31], v. 224, p. 159.

EL PRESENTE DE LAS COSAS PASADAS

Al principio de esta investigación, comencé por indicar que, alegóricamente, tanto Clío como Hermes acompañarían el recorrido de esta proyectada reconstrucción hermenéutica. Por un lado, Clío refleja “lo tempestuoso que es el mar de la Historia”. Estas mareas de aguas oscilantes, ocasionadas por las corrientes internas, dirigen sus olas breves, rápidas y nerviosas a los puertos que estén preparados para contenerlas. En mar abierto, estas corrientes, siempre en pugna, desde las profundidades causan borrascas, tal es su fuerza, que la mayoría de las veces, implican su tormentoso arribo a la superficie; secreta y subrepticamente, se internan en tierra firme creando torrentes, estanques y trepidas fuentes, de las cuales, bebe el historiador.

Apoyándome en esta metáfora, he intentado “poner ante los ojos”, la imagen de una disciplina histórica fluctuante entre lo científico y lo artístico, que intenta contener y disponer los acontecimientos efímeros de una realidad extinta; integrada por diferentes metodologías, algunas de ellas contrarias entre sí, son acogidas y analizadas por otras áreas de conocimiento, como las Ciencias Naturales, la Sociología y la Filosofía, entre otras. El confluir de estas intersecciones origina conjuntos de teorías y corrientes de pensamiento que, a la vez, emergen del principal elemento material de la investigación acerca de las acciones de los hombres del pasado, a saber, las fuentes históricas.

Simbólicamente, la Hermenéutica retoma como insignia al ausente dios olímpico, Hermes, por antonomasia el dios mensajero, heraldo, intérprete y mediador entre mundos. Por su cualidad de mestizo, al ser hijo de Zeus y Maia, adquiere la característica de conjuntar y conciliar los opuestos. Esta disciplina concebida como ciencia o arte, dependiendo que se entienda por cada una de éstas, interviene sutilmente como ejercicio de interpretación para acceder a los sentidos que encierra el texto. En esta investigación, específicamente, es enfocada a los escritos históricos en vista de “encontrar un sentido intermedio entre dos opuestos, a veces en conflicto; podríamos decir: *aspira a* superar la univocidad, evitar la equivocidad y lograr la analogía”¹⁵⁴.

El camino, de esta investigación, es fincado por el *phármakon* de la memoria, es decir, la escritura de la Historia; contrariamente, a las afirmaciones de Jacques Derrida, en

¹⁵⁴ M. Beuchot, *Tratado de Hermenéutica Analógica*, p. 14. Las palabras en cursivas son mías.

su texto *La farmacia de Platón*, no pretendo exacerbar la noción de *phármakon*, más bien, la intención es plantearlo en la dirección que esboza Paul Ricœur.

De esta forma, si bien, se comete la misma *hybris* (ὑβρις) de trasladar un término, de un campo semántico a otro, se justifica por lo productivo que resulta para el esclarecimiento de las impresiones, o bien, darles un nuevo sentido. Sin embargo, habrá que tener siempre en mente la exhortación de Derrida: “lo propio del *phármakon* consiste en cierta inconsistencia, en cierta impropiedad, y de que esa no-identidad consigo le permite siempre el ser vuelto contra sí mismo.”¹⁵⁵

El término *phármakon* registra una estructura única y de carácter ambivalente, por ello, es valiosa su recuperación y su incursión en el campo histórico, pues, es el principio que imbrica lo histórico y lo hermenéutico. Particularmente, el término se aplica y se dirige, partiendo del mito platónico de Theut y Thamus acerca de la invención de la escritura, a la problemática del traslado de la Historia oral a la Historia escrita. En este movimiento se juega la experiencia de: la memoria y el olvido, que junto con la escritura, se sitúan en el mismo *topos*, entre la experiencia del tiempo y la narración de la experiencia.

La escritura de la Historia, resignificada como el *phármakon* de la memoria, se registra en un punto limítrofe, posibilitando la reconstrucción de los hechos históricos a través de las técnicas hermenéuticas, esta misma posición, privilegia un atisbo ambivalente pero en dimensiones proporcionales, entre la proximidad que produce el escrito histórico y la distancia temporal, propia del tiempo acontecido.

EL PRESENTE DE LAS COSAS PRESENTES

Respecto a lo dicho acerca de la disciplina histórica es necesario acotar que, el enfoque es estrictamente filosófico y hermenéutico. Pues, afortunada o desafortunadamente, no existe una rigurosa formación de historiador por parte del autor. Ahora bien, desde este escorzo se visualizan algunas distinciones.

La primera de ellas, es a nivel lexical, pues, concurre una diferencia básica entre la noción de *Historia* y la de *historia*; esta última refiere, a partir de la traducción de *story* y

¹⁵⁵ Jacques Derrida, “La farmacia de Platón”, en *La disseminación*, trad. José Martín Arancibia, Madrid: Fundamentos, 1975, (Colección Espiral), p. 179.

de los postulados narrativistas de Arthur C. Danto, a la reconstrucción del sentido de los acontecimientos del pasado, a través de la comprensión de un relato histórico¹⁵⁶. La configuración narrativa del relato no sólo describe, sino que, entrama una realidad discordante en un orden concordante, según afirma P. Ricœur, es “síntesis de lo heterogéneo¹⁵⁷”. De esta forma, la misma estructura de la narración dará paso a un conocimiento indirecto basado en la interpretación de los escritos históricos.

Por otro lado, la *Historia* refiere a la traducción de la palabra anglosajona *History*, cuyo significado, se despliega en los diferentes procesos y operaciones, de la investigación histórica, orientadas a estudiar y recuperar tanto el contexto como las perspectivas de los agentes de acción, en general, el devenir de la humanidad en el tiempo, apelando a sus causas y sometiendo al acontecimiento bajo una explicación lógica-científica, siendo ésta, la única vía justificable para alcanzar, no un conocimiento histórico, sino solamente, un esbozo de explicación acerca del pasado.

Continuando sobre esta línea, vale la pena realizar la distinción entre investigación histórica y escrito histórico; la Filosofía de la Historia al rechazar o dejar de lado este matiz, lamentablemente, y debido a la casi invisible barrera que los separa, ha ocasionado confusiones, omisiones o reducciones de uno por el otro. La *investigación histórica* se enfoca, a partir de procesos científicos, métodos lógicos y operaciones historiográficas, a expresar declaraciones sobre el pasado; asimismo, el *escrito histórico* se encarga de integrar los resultados de estos procesos y operaciones, a través de una operación de configuración textual. Evidentemente, ambas nociones no son autónomas, sino que, se interrelacionan y coinciden debido a su referencia, que es el pasado. Aunque el escrito histórico incluya y haga explícita a la investigación histórica, no se pueden reducir por completo a una misma unidad, a pesar de concordar en sus objetivos, difieren en proporciones, ya que, la primera se desarrolla en el ámbito epistémico, a nivel de los hechos; y la segunda, se despliega operacionalmente, en un nivel estructural, pues, “contar una *historia* (o escribir la *Historia*), siempre es una construcción que *imponemos* a los hechos¹⁵⁸”.

¹⁵⁶ En palabras de María Rosa Palazón: *es la narración de mi pasado*.

¹⁵⁷ P. Ricœur, *Tiempo y narración I*, p. 132.

¹⁵⁸ F. R. Ankersmit, *Historia y tropología*, p. 20. Las cursivas son mías.

Algunas teorías y filosofías de la Historia han recurrido a la Teoría Literaria para examinar las estructuras y la composición de los textos históricos, sin embargo, las pretensiones y los efectos de la narrativa o narratología no coinciden completamente con la narrativa histórica. Por ello y ante la falta de estrategias que se encaminen a reflexionar, particularmente, los escritos históricos, considerando que, éstos no son sólo manifestación de hechos, sino también, son cuestión de interpretación, la Hermenéutica, como arte y/o técnica para la interpretación, surge como la disciplina adecuada para, fundamentar conjuntamente, la búsqueda del sentido de los textos históricos.

Una piedra de toque, en el camino de esta reconstrucción, es el *mythos*, desafortunadamente, la investigación histórica científica del siglo XIX lo despreció como fuente fidedigna, considerándolo tradicionalmente, como un relato artificioso e ilusorio, quedando descartado como un tipo de testimonio seguro o válido para el quehacer del historiador. La Hermenéutica simbólica ha reorientado la reflexión hacia su núcleo significativo, pues, las narraciones míticas, así como sus sucedáneas más directas, las narraciones literarias, no se ofrecen solamente como una experiencia estética vacía de contenido, sino como un estímulo que, a través de sus elementos simbólicos, ostenta una fuerte carga de sentido. Los símbolos que presenta tienen un carácter dual: el sentido que dejan intuir se encuentra análogo con “la cosa de que hablan”, de manera que se refieren tanto a “la cosa de que hablan” como a “la cosa que presentan”.

Para comprender la naturaleza dual del *mythos*, se debe atisbar contextualmente, es decir, contemplarlo como *holón* (ὅλον), descifrar eso que *designa cosas sin cosas, y hechos sin hechos*; por esto su comprensión siempre queda corta al desplegarse como explicación. El *mythos*, como lenguaje simbólico, abunda en intenciones ocultas y analogías, rebasa las meras asociaciones por semejanza o proximidad, justo esto, es lo que permite una indeterminación absoluta e invita a interpretarlo inagotablemente, siendo así, cada vez que se contempla revela nuevas miradas.

La Historia y la Literatura, debido a este núcleo *mítico-mimético* que las constituye, establecen una relación peligrosa, pues, se corre el riesgo de suprimir o disolver la línea que divide el relato histórico del relato de ficción, ambos al estar configurados como narración, en principio, se les aplica el mismo método de interpretación.

Las diferencias son, que la Historia, disciplina dotada de sus propios propósitos, igual que las ciencias, no utiliza deliberadamente ficciones: se ha empeñado en *contar lo dicho y hecho* según la verdad escueta (Polibio), sin inquietarse por la hermosura de la elocuencia (Luciano): su trabajo no es una síntesis artística de oratoria y elocuencia, de retórica y pragmática (Bodino). «Se entiende que el historiador no puede modificar la materia de la *historia* en aras de un presunto arte, porque la ley suprema de la *Historia* debe ser la verdad».¹⁵⁹

Por lo tanto y debido a que, la trama de la Historia manifiesta acontecimientos que se presentan como inherentes a los hechos mismos, pues, de ninguna manera es algo que el historiador inventa, sino que, “estampa” por medio de configuraciones narrativas; la Hermenéutica, más allá de contemplar o reflexionar acerca de los escritos históricos, siempre debe hacer valer, y respetar, la intencionalidad de verdad y la pretensión referencial que ostenta la Historia. Custodiando e incitando a que, los relatos históricos orienten su referente hacia la concordancia con las fuentes históricas, intentando así, alcanzar una representación proporcional del pasado y una verdad que pueda ser legitimada, de alguna manera, reconstruyendo los hechos históricos *como realmente ocurrieron*.

EL PRESENTE DE LAS COSAS FUTURAS

La construcción de la trama de los relatos históricos, por medio del núcleo *mítico-mimético*, es análoga a la configuración de un icono, creado mediante un sistema de signos plásticos. Ambos presentan o representan “mensajes”, con una estructura temporal o espacial, que son aprehensibles en función de las reglas que los han elaborado. “El *mythos* [...] es en el tiempo, por lo tanto, lo que el *icono* [...] es en el espacio”¹⁶⁰.

Continuando con esta analogía y como se ha justificado previamente; es viable sostener que, el relato histórico a partir de las operaciones que lo configuran y guiándose por la pretensión de verdad, de su función referencial, posibilita una representación análoga de la Historia. Ésta reconstruye proporcionalmente el pasado, de forma que, la imagen de los hechos coincide verosímilmente con las evidencias de los acontecimientos¹⁶¹.

¹⁵⁹ M. R. Palazón, *Filosofía de la historia*, España: UNAM-Universitat Autònoma de Barcelona, 1990, p. 172. Las cursivas son mías.

¹⁶⁰ P. Ricœur, *Historia y narrativa*, p. 139.

¹⁶¹ Cf. *supra*, “Conclusión”, Capítulo III.

Específicamente, la representación histórica se despliega bajo la noción de *representancia* o *huella*, ambas operan analógicamente supliendo la ausencia, es decir, cumplen una función de *lugartenencia*, pues, los hechos que ostentan, de ninguna manera son una realidad presente, sino que, refieren y “valen por” una realidad abolida. Esta función está articulada con la capacidad metafórica del relato, por medio de esta última, se evocan imágenes que, se conjuntan e interpenetran con el sentido, desplegando la iconicidad propia de éste y realizando un traslado de la legibilidad textual a la visibilidad extratextual; y más allá de, denotar al hecho histórico, lo muestra como una *representación sensible*, permitiendo contemplar un fragmento del “escenario misterioso” y ausente del pasado.

El modelo de interpretación, de la Hermenéutica Analógica, es condición de posibilidad para atisbar, de forma comprensible, estos hechos ausentes a los que refieren los relatos históricos. Pues, la reconstrucción hermenéutica del pasado, bajo las nociones de analogía e icono, simboliza al referente como una *imagen* que, proporcionalmente, a través de la reproducción imitativa “pone ante los ojos”; como *diagrama*, conduce al pasado por una relación de semejanza, reflejando la totalidad en un fragmento; finalmente, por medio de la *metáfora*, aproxima lo distante y “hace familiar lo extraño”¹⁶².

De forma contraria, las operaciones historiográficas, de la investigación histórica científica, y las perspectivas reduccionistas, de las hermenéuticas absolutistas, han promovido una visión del pasado como “oscuro y misterioso”, es decir, le han atribuido una independencia y una lejanía temporal respecto a la realidad presente, esto con el objetivo primordial de estabilizar y dominar esa realidad acontecida, que escapa y trasciende tanto a categorías como a significados determinantes. Esta finalidad, de sustancializar el hecho histórico, origina una sensación de distancia y separación, es por ello que, “cuando nos paramos frente al espejo del pasado: nos vemos a nosotros mismos y vemos a un extraño”¹⁶³, pues, este horizonte incita a *el olvido*, haciendo imposible todo tipo de aproximación o experiencia con el pasado.

Quizá, este es el culmen y el umbral de la *analogía*, pues, no configura al hecho histórico como objeto estéril o un esquivo fantasma (φάντασμα), sino que, lo representa

¹⁶² H. White, *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, United States of America: The Johns Hopkins University Press, 1978, p. 94.

¹⁶³ F. R. Ankersmit, *Historia y tropología*, p. 68.

figurativamente como un icono. Ciertamente, no se alcanza una revelación “real” pero tampoco una ilusión “irreal” acerca del pasado; puesto que, la *phrónesis*, evitando la disociación, fusiona el pensar y el sentir, logra ordenar, significar y posibilita atravesar el espejo, aproximando “lo atterradoramente ajeno y sublime del pasado”¹⁶⁴.

Justo, en este punto, la analogía abre una brecha hacia otro camino, pues, al representar sensiblemente el pasado, no como una imagen ausente *irreal*, sino como, una imagen ausente *anterior*, tendrá que encaminar esta propuesta, de la *experiencia histórica sublime*¹⁶⁵, a nuevos *topos* que enmarquen su desarrollo por medio de la sensibilidad y la percepción.

Finalmente, y por todo lo reconstruido, es posible afirmar que, a través del icono se permite una apropiación intelectual de lo bello de la *Historia* y conduce a una experiencia sublime de la *historia*. Asimismo, por medio de la analogía, es potencial la creación de un espejo que no añore o refleje los *phántasmas de la Historia*, sino que, prudentemente, oriente a la consciencia histórica, recuerde los significados perdurables y conduzca a experimentar, simbólicamente, esa presencia tan ausente... que jamás sucederá dos veces.

¹⁶⁴ *Ibid.*, p. 39.

¹⁶⁵ Cf. F. R. Ankersmit, “Introducción. El trascendentalismo y el ascenso y la caída de la metáfora”, en *op.cit.*, p. 11.; y también del mismo autor, *La experiencia histórica sublime*, México: Universidad Iberoamericana, 2010.

BIBLIOGRAFÍA

- *Himnos Homéricos. La “Batracomiomaquia”*, trad. Alberto Bernabé Pajares, Madrid: Gredos, 1978, (Biblioteca clásica gredos, 8).
- *Textos Herméticos*, Intro., trad. y notas de Xavier Renau Nebot, Madrid: Gredos, 1999, (Biblioteca clásica gredos, 268).
- **ANKERSMIT**, Frank R., *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*, trad. Ricardo Martín Rubio Ruiz, México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 2004.
- **ARISTÓTELES**, *Acerca de la generación y la corrupción. Tratados breves de historia natural*, Intro., trad. y notas de Ernesto La Croce y Alberto Bernabé Pajares, Madrid: Gredos, 1987, (Biblioteca clásica gredos, 107).
- -----, *Acerca del alma*, Intro., trad. y notas de Tomás Calvo Martínez, Madrid: Gredos, 1978, (Biblioteca clásica gredos, 14).
- -----, *Poética*, Introducción, versión y notas de Juan David García Bacca, México: UNAM, 2000, (Bibliotheca Scriptorvm Graecorum et Romanorum Mexicana).
- -----, *Retórica*, Intro, trad. y notas de Quintín Racionero, Madrid: Gredos, 1990, (Biblioteca clásica gredos, 142).
- **ARON**, Raymond, *Dimensiones de la conciencia histórica*, trad. David Huerta y Paloma Villegas, México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 2004, (Colección popular, 222).
- **BEUCHOT**, Mauricio, *El hombre y el símbolo*, México: Démeter, 2011.
- -----, *En el camino de la Hermenéutica Analógica*, España: Editorial San Esteban, 2005.
- -----, *Hermenéutica analógica, símbolo, mito y filosofía*, México: UNAM, IIFL-Seminario de Hermenéutica, 2007, (Cuadernos del Seminario de Hermenéutica, 1).
- -----, *Hermenéutica analógica y filosofía de la historia. Del fragmento como símbolo del todo*, México: UNAM, FFyL, 2011, (Seminarios).
- ----- y Ambrosio VELASCO, *Hermenéutica, ciencia y sociedad. Séptimas jornadas de hermenéutica*, México: UNAM, FFyL-IIFL, Seminario de Hermenéutica, 2009, (Memorias, 1).
- -----, *Tratado de Hermenéutica Analógica. Hacia un nuevo modelo de interpretación*, México: UNAM, FFyL-Editorial Itaca, 2009.

- **BLOCH**, Marc, *Introducción a la Historia*, trad. Pablo González Casanova y Max Aub, México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 2010, (Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 64).
- **COLLINGWOOD**, Robin George, *Idea de la historia*, trad. Edmundo O' Gorman y Jorge Hernández Campos, México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 2011.
- **DE LA CRUZ**, sor Juana Inés, *Inundación Castálida*, Edición, introducción y notas de Georgina Sabat de Rivers, Madrid: Castalia, 1982, (Colección Clásicos Castalia).
- -----, *Primero sueño y otros escritos*, prólogo, bibliografía y notas de Elena Del Río Parra, México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 2006.
- **DERRIDA**, Jacques, *La diseminación*, trad. José Martín Arancibia, Madrid: Fundamentos, 1975, (Colección Espiral).
- **FRYE**, Northrop, *Anatomía de la crítica*, trad. Edison Simons, Venezuela: Monte Avila Editores, 1991.
- **GADAMER**, Hans-Georg, *Verdad y método I*, trad. Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito, Salamanca: Sígueme, 2007, (Hermeneia 7).
- **HERNÁNDEZ**, de León Portilla, Ascensión, *Hermenéutica Analógica. La analogía en la antropología y la historia*, México: UNAM, IIFL-Seminario de Hermenéutica, 2009, (Cuadernos del Seminario de Hermenéutica, 2).
- **HESÍODO**, *Obras y Fragmentos. (Teogonía, Trabajos y días, Escudo, Fragmentos, Certamen)*, trad. Aurelio Pérez Jiménez y Alfonso Martínez Díez, Madrid: Gredos, 1997, (Biblioteca clásica gredos, 13).
- **KANT**, Immanuel, *Crítica de la razón pura*, trad. Pedro Rivas, México: Taurus, 2007.
- **MANNHEIM**, Karl, *Ideology and Utopia. An Introduction to the Sociology of Knowledge*, Nueva York: A Harvest Book, Harcourt, Inc., 1936.
- **MORENZ**, Siegfried, *Egyptian Religion*, Nueva York: Cornell University Press, 1992.

- **OVIDIO**, *Metamorfosis. Libro I-VII*, Intro. y notas de Rubén Bonifaz Nuño, México: UNAM-FFyL, 1979, (Bibliotheca Scriptorvm Graecorvm et romanorvm Mexicana).
- **PALAZÓN**, María Rosa, *Filosofía de la historia*, España: UNAM-Universitat Autònoma de Barcelona, 1990.
- -----, “¿La historia es literatura? La polémica de White y Ricœur” en *Hermenéutica, analogía y discurso*, comp. Martha Patricia Irigoyen Troconis, México: UNAM-IIFL, 2004, (Cuadernos del Instituto de Investigaciones Filológicas, 29).
- -----, “Amasiato y divorcio entre historia y literatura (anotaciones comparativas)” en *Literatura Mexicana*, Vol. XV, Núm. 1, 2004.
- **PEPPER**, Stephen C., *Wordl Hypotheses. A Study in Evidence*, Berkeley-Los Angeles: University of California, 1961.
- **PIMENTEL**, Luz Aurora, *El relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa*, México: Siglo XXI-UNAM, 2008.
- **PLATÓN**, *Diálogos III. (Fedon, Banquete, Fedro)*, trad. C. García Gual, M. Martínez Hernández y E. Lledó Íñigo, Madrid: Gredos, 1997, (Biblioteca clásica gredos, 93).
- **POPPER**, Karl Raimund, *El mundo de Parménides. Ensayos sobre la ilustración presocrática*, España: Paidós, 1999.
- **RICŒUR**, Paul, *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*, trad. Pablo Corona, Argentina: Fondo de Cultura Económica (FCE), 2010.
- -----, *El conflicto de las interpretaciones. Ensayos de hermenéutica*, trad. Alejandrina Falcón, Argentina: Fondo de Cultura Económica (FCE), 2008.
- -----, *Historia y narratividad*, trad. Gabriel Aranzueque, Barcelona: Paidós-ICE de la Universidad Autónoma de Barcelona, 1999, (Pensamiento Contemporáneo, 56).
- -----, *La memoria, la historia, el olvido*, trad. Agustín Neira, Madrid: Trotta, 2003, (Colección Estructuras y procesos. Serie Filosofía).
- -----, *La metáfora viva*, trad. Agustín Neira, Madrid: Ediciones Cristiandad-Trotta, 2001.
- -----, *Sí mismo como otro*, trad. Agustín Neira, México: Siglo XXI, 2008.

- -----, *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*, trad. Agustín Neira, México: Siglo XXI, 2007.
- -----, *Tiempo y narración II. Configuración del tiempo en el relato de ficción*, trad. Agustín Neira, México: Siglo XXI, 2011.
- -----, *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*, trad. Agustín Neira, México: Siglo XXI, 2009.

- **WHITE**, Hayden, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, trad. Jorge Vigil Rubio, España: Paidós, 1992, (Paidós Básica, 58).
- -----, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, trad. Stella Mastrangelo, México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 2010.
- -----, *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, United States of America: The Johns Hopkins University Press, 1978.